VÍCTOR HUGO

FANTINA
o
LOS MISERABLES

Drama en seis actos, prólogo y epílogo

divididos en catorce cuadros



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1912

FANTINA o LOS MISERABLES

FANTINA

— O —

LOS MISERABLES

Drama en seis actos, prólogo y epílogo, dividido en catorce cuadros, basado en la novela del inmortal

VICTOR HUGO

Arreglado a la escena española por

AGUSTÍN MUNDET ALVAREZ

Estrenado con grandioso éxito
en el TEATRO CÓMICO de Barcelona, la noche del
9 de Noviembre de 1912

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FANTINA	Srta. Santolaria.
SOR CARIDAD	Sra. Morera.
COSETTE	» Viñals.
COSETTE (niña 8 años)	N. N.
ANASTASIA	Sra. Prunell.
BATISTINA	» Prunell.
GERTRUDIS	» Nombela.
PORTERA	» Nombela.
JUAN VALJEAN	Sr. Parreño.
JAVERT (Inspector	» Salom.
MARIO	» Delhom.
MONSEÑOR MYRIEL	» Santolaria.
GAVROCHE (Pillete)	» Parreño (H.)
FOUCHELEVANT	» Santolaria.
THENARDIER	» Alfonso.
CHAMPMATHIEU	» Furquet.
PRESIDENTE	» Riera.
ABOGADO GENERAL	» Ferrero.
DEFENSOR	» Delhom.
TIO COSME	» Riera.
BOULETRULLE presidiario	» Parreño (H.)
BREVET ídem	» Alfonso.
COCHEPAILE ídem	» Ferrero.
POSADERO	» Ferrero.
GOMOSO	» Furquet.
DOCTOR	» Riera.
GENDARME	» »
CARCELERO	» Valencia.

Soldados, revolucionarios, Pueblo, transeuntes, Agentes de policía, monjas y gendarmes.

TITULOS DE LOS CUADROS

1.° *La vuelta de presidio.—2.° La noche del bien.—3.° ¡Pobre madre!—4.° El Alcalde.—5.° La tempestad bajo un cráneo—6.° El proceso de un inocente.—7.° Sor Caridad.—8.° La alondra.—9.° La guarida de las raposas.—10. El cordera huye del lobo.—11. El puerto de salvación.—12. Los amantes.—13. Las barricadas.—14. Las almas se juntan.*



PROLOGO

CUADRO PRIMERO

La vuelta de presidio

Plaza de villorrio. A la izquierda, primer término, una puerta con un rótulo encima que dice «Posada». Derecha último término y formando ángulo, la entrada de una iglesia a la que dan acceso varios peldaños. En primer término derecha, una puerta practicable. Al fondo, un edificio de sombría apariencia con ventanas enrejadas y puerta maciza de una sola hoja, sobre la cual se leerá con gruesos caracteres «Cárcel». Un poyo en primer término.

ESCENA PRIMERA

JUAN VALJEAN, POSADERO y TRANSEUNTES

(Al levantarse el telón, numerosos fieles salen de la iglesia y varios transeuntes cruzan la escena en distintas direcciones. Se oye doblar de campanas y los acordes del órgano de la iglesia que van extinguiéndose gradualmente. Por último término izquierda, aparece JUAN VALJEAN, quien, mirando lúgubremente en torno suyo, se adelanta y siéntase en el poyo.)

¡El presidio! ¡Los grilletes!
(Estremeciéndose.)
¡Ay! El cansancio me mata...
Los que fueron mis amigos,
no me quieren, ¡me rechazan,
y reniegan de mi nombre
y como a un perro me tratan!
¡Ya no hay hombres, sólo hay fieras
del mundo en la torpe raza!
(Corta pausa.)
¿A dónde acudir? ¡A dónde!...
(Levantando la cabeza y leyendo el rótulo de la pared.)
Pero... ¡qué miro!... ¡Posada!
Llamaré... Siento hambre y frío. .
La sed mis fauces abrasa...
¡Tengo dinero! ¡Soy fuerte!
¡Valor! Llamaré.
(Llama a la puerta con decisión. Aparece el posadero y, adelantando unos pasos dentro de la escena:)

POSAD. ¿Quién llama?
VALJ. ¡Un hombre!
POSAD. ¿Qué queréis?
VALJ. Quiero
algo que comer y cama.
POSAD. ¡Bueno! podéis alojaros
y cenar. Entrad en casa.
Pero... dadme el pasaporte.
(Aparte.)
No fuese, con esa facha,
el presidario que rueda
llamando de casa en casa.
VALJ. ¿Mi pasaporte?
POSAD. Sí, el vuestro.
VALJ. ¡Es amarillo!
POSAD. ¡Canalla!
¡Márchate!
VALJ. ¡Tengo hambre y frío!
¡Pagaré!...
POSAD. ¡Un rayo te parta!
(Entra en la posada y cierra furioso la puerta.)

ESCENA II

JUAN VALJEAN, después CARCELERO, al final GERTRUDIS

VALJ. ¡El pasaporte amarillo
es un terrible anatema!
La Justicia me perdona...
¡y los hombres me condenan!...
Nadie escucha mis lamentos...
Nadie a mi mal pone enmienda.
Todas las gentes me gritan:
«¡Anda! ¡Vete! ¡Largo! ¡Fuera!...»
¿A dónde quieren que vaya?
¿Dónde?
(Fijándose en el rótulo de la cárcel.)
¡Cárcel! ¿Ahí? ¡Sea!
(Tirando del cordón que hace sonar una campana; por una ventana asoma un carcelero, y bruscamente:)

CAR. ¿Quién llama?

VALJ. Un desamparado.
Pido albergue.

CAR. Buena es esa.
Haz alguna fechoría
y te abriremos la puerta.

VALJ. ¡Por piedad!

CAR. ¡Vete al demonio!
(Cierra la ventana con decisión.)

VALJ. ¡Ni en la cárcel!
(Desesperado. El sacristán cierra la iglesia, mientras Valjean se dirige a ella.)
¡¡Ni en la iglesia!!
(Tendiéndose en los peldaños de la iglesia.)
Un mal camastro en presidio;
fuera de presidio, piedra!
La Justicia me perdona
y los hombres me condenan!
(Tras una pausa aparece por último término izquierda Gertudis; se dirige a Valjean y dice: aparte.)

GERTR. ¡Un hombre!
(Alto a Valjean.) ¿Qué hacéis aquí!

VALJ. ¡Descanso!

GERTR. La noche hiela.
Vais a morir. Ved la nieve,
(Comienza a nevar.)

VALJ. ¡En vano llamé a las puertas!

GERTR. ¿Sois, tal vez, un mendigante?

VALJ. Mi suerte es mucho más negra.

GERTR. ¿Qué sois, pues?

VALJ. Un licenciado
del penal... ¡Casi una fiera!

GERTR. ¡Qué locura! ¿Me decís
que llamásteis a las puertas...

VALJ. Y todos me rechazaron.

GERTR. ¿También probastéis en esa?
(Indica la casa de la derecha primer término.)

VALJ. A esa puerta no he llamado.

GERTR. Dios por los mortales vela.

VALJ. ¿Dios?... (Como dudando.)

GERTR. Levantaos, buen hombre,
y... entrad en la casa aquella.
(Indica de nuevo la casa de la derecha. Valjean se incorpora penosamente mirando con asombro la casa indicada por Gertrudis, mientras ésta vase derecha. Nieva copiosamente.)

TELÓN

MUTACIÓN

CUADRO II

La noche del bien

Habitación de mediano fondo. Puerta al foro, que, al abrirse, dejará ver la plaza del primer cuadro. Dos puertas a la derecha, y otra en primer término izquierda. En segundo término idem,

una ventana practicable. Entre las dos puertas de la derecha, chimenea encendida y sobre ella, dos candeleros de plata provistos de velas encendidas. En la pared del foro, a la derecha, un armario con cristales opacos. Delante de la chimenea, una mesa de pobre aspecto, con una silla inmediata a ella. Un sillón de baqueta. Entre la puerta y la ventana, un Crucifijo, bajo humilde dosel. Algunas sillas diseminadas por la escena.

ESCENA PRIMERA

MYRIEL y BATISTINA

Myriel, sentado a la mesa, leyendo en un breviario. Batistina, cerca de la ventana. Pausa corta.

MYR. Cierra la ventana.

BATIS. (Cerrándola.) Ya no nieva.

MYR. ¿Qué opina de la enferma, el doctor?

BATIS. Dijo que, con los años de la señora Magloria, la dolencia es fatal; que si el ataque repitiera, todo habría terminado...

MYR. ¡Hágase la voluntad del Señor!

BATIS. Me encargó que esta noche vele a la enferma.

MYR Hermana mía, yo velaré por ti.

BATIS. ¡Oh! ¡De ninguna manera!...

MYR. Consiento que veles hasta media noche; después velaré yo.

BATIS. Hermano, te suplico...

MYR. Es mi deseo. (Con sencillez. Continúa leyendo.)

BATIS. (Ahora que está entregado a la lectura, aprovecho la ocasión y cierro la puerta.) (Intenta cerrar la puerta del foro.)

MYR. ¿Qué haces, hermana mía?

BATIS Cerraba la puerta...

MYR. ¡Cerrar la puerta! Esta es la casa de Dios y su puerta no debe cerrarse nunca.

BATIS. Es que vaga por la villa un bandido, un presidiario, y... (Llaman violentamente a la puerta y Batistina retrocede asustada.) ¡Ah!

MYR. ¡Adelante! ¡Adelante! (Con naturalidad.)

ESCENA II

Dichos y JUAN VALJEAN

VALJ. (Desde el umbral de la puerta del foro.)
Buenas noches.

BATIS. (¡Gran Dios!)

MYR. Pasad, hermano,
pasad.

BATIS. (¡Es el ladrón! ¡Jesús, valednos!)

VALJ. ¿Os asusto, señora? ¡Siempre asusta
la culpa a la virtud.

MYR. Tomad asiento.

(A una indicación de Myriel, Batistina coloca una silla delante de la mesa y hace mutis por primera izquierda, mirando recelosa a Juan Valjean, que da algunos pasos hacia la chimenea.)

VALJ. Perdonadme, señor: no soy mendigo,
aunque tal me juzguéis al ver mi aspecto.
¡Cuando sepáis quien soy!... Sin duda en-
[tonces
me echaréis de esta casa como a un perro.

MYR. Esta casa de Dios, es vuestra casa.

VALJ. Que me escuchéis, un solo instante, os
[ruego.
Oid mi historia. Relación completa
de mi vida y delito, voy a haceros,
y, pues que la Justicia me perdona,
¡ved si del hombre absolución merezco!
(Se sienta.)
Os habla un licenciado de presidio.
Me llamo Juan Valjean. ¡Nombre funesto!
Nací en la Brié, de padres campesinos.
Viví con una hermana, largo tiempo.
Ganaba mi jornal, unos dos francos,
de podador en Faverolles, su pueblo.
Mi hermana, viuda, y madre de seis niños,
trabajaba también en los viñedos,
y con el suyo y mi jornal, logramos
mantener y educar a los mozuelos.

Un día, ¡causa horror!, de la alta sierra
huyeron, desolados, los labriegos...
¡Sus casas no existían!... ¡Fueron presa
de la nieve cruel y el raudo viento!
¡Y se acabó el trabajo, y por la villa
la miseria tendió su manto negro!
Los niños de mi hermana—(¡pobres niños!
yo no sé, yo no sé qué ha sido de ellos)—
me decían llorando y tiritando
de frío: «Tío Juan, ¡hambre tenemos!»
Cogían mi cabeza y me besaban
incrustando en mi frente cien mil besos.
Mi hermana, al ver el hambre de sus hijos,
juraba al mundo su rencor eterno.
Al mirar su dolor, su llanto amargo,
una idea cruzó por mi cerebro...
Salí a la calle... Me paré delante
de la casa de un rico panadero...
¡Imploré una limosna!... ¡Mas fué en vano!
Por fin, señor, robé. Sí, lo confieso,
robé un pan; y los niños de mi hermana,
que, sin yo sospecharlo, me siguieron,
me cogieron el pan, y en él hincaron
sus dientes, con locura, los hambrientos,
y como pajarillos que, piando,
reclaman a su madre el alimento,
me decían: «¡Más pan!», mientras gritaba:
«¡Que encierren al ladrón!», el mundo ne-
y los pobres chiquillos devoraban, [cio
«¡Más pan, más pan!» en su dolor, pidien-
(Transición. Corta pausa.) [do.
En la cárcel dormí la noche aquella,
y al presidio pasé, ¡de donde vengo!

MYR. El buen Dios velará por vuestra suerte,
si ansioso de su amor, buscáis su pecho.
(Pausa. Batistina cruza la escena saliendo de primer término izquierda y desapareciendo por primera derecha.)

VALJ. Recorrí las posadas de la villa
y en todas rechazaron mi dinero,
porque mi pasaporte es amarillo
y de vil presidiario el timbre llevo.

Hambriento estoy, señor, y estoy rendido...
Cededme en vuestra casa, alojamiento,
un mendrugo de pan y un vaso de agua,
¡que yo os lo pagaré!
(Batistina cruza, de nuevo, la escena con una taza humeante. Sale primera derecha y vase primera izquierda.)

MYR. ¡Oh! Nada de eso...
Dispón la cena pronto, hermana mía,
y coloca en la mesa otro cubierto.

VALJ. ¡Sois un Santo, señor!

MYR. (Con sencillez.) Soy un ministro
de ese Dios de bondad sublime ejemplo.
(Señalando el Crucifijo.)

VALJ ¡Oh! señor, sin duda no me habéis comprendido bien. Mi pasaporte es amarillo. Miradle. (Muestra un papel amarillo que abre y lee:) «Tolón, veinticinco de septiembre de 1815. Juan Valjean, nacido en...» Ya lo sabéis. Aquí, aquí, ved... «... este hombre es muy peligroso.» ¡Muy peligroso! ¡Oh, sí! En presidio me he vuelto malvado. (Guárdase el rollo. Batistina sale de primera izquierda, con la taza vacía, y váse primera derecha. En seguida sale, pone tres cubiertos y una sopera humeante.)

MYR. Señor Juan, ya está la cena.

VALJ. ¡Me acogéis en vuestra casa! ¡Me admitís a vuestra mesa! ¡Me llamáis señor Juan! ¡Ah! sois muy bueno, señor. Gracias. (Se sientan a la mesa y después del «Benedicite Dómine», comen. Valjean, ávidamente. Batistina sirve la cena compuesta de sopa y verdura, pan y vino.) ¡Y temía que me rechazarais al deciros mi nombre!

MYR. Podíais no habérmelo dicho. En esta casa se pregunta al que entra, si sufre, no cómo se llama. Sufrís, tenéis hambre y sed... Bienvenido seáis. Esta casa es más vuestra que mía... Todo lo que hay en ella os pertenece... ¿Para qué necesito saber vuestro nombre?... Antes de que me lo dijéseis, teníais uno que yo conocía.

VALJ. ¿Sabíais cómo me llamo?

MYR. Sí; os llamáis mi hermano. Pero, bebed, señor Juan, un poco de este vino reparador, y escusadme de acompañaros porque no lo acostumbro. (Escancia vino en el vaso de Valjean.)

VALJ. Gracias, señor, gracias. (Bebe.) Con todo, lo que más siento es el cansancio. ¿Me permitiréis dormir en cualquier rincón de casa?

MYR. Batistina, arregla la cama de la alcoba. (Batistina, que había terminado de cenar, vase segunda derecha.)

VALJ. ¡Una cama para mi! ¡Con colchones y sábanas! ¡Como todo el mundo! ¡Quince años que no he dormido en cama!

MYR. ¿Habéis sufrido mucho?

VALJ. ¡Oh! sí, mucho he sufrido: las galeras, la chaqueta roja, la argolla en el pie, una tabla por cama, el calor, el frío, el trabajo rudo, incesante; los garrotazos, el cepo por una palabra, la doble cadena por nada... ¡Hasta enfermo en la cama, la cadena! ¡Los perros son más felices! (Solloza.)

MYR. Salís de un lugar de tristeza, pero, habrá más alegría en el cielo, por las lágrimas de un pecador arrepentido, que por la blanca vestidura de cien justos!... Y, ¿a dónde os dirigís, señor Juan?

VALJ. A Pontarlier.

MYR. En ese país se fabrican los abalorios negros, imitación del azabache. Es una industria muy productiva. El hombre inteligente y laborioso, puede con ella labrarse su bienhestar. ¡Es tan dulce el pan que amasa el trabajo! Sobre todo para quien, como vos, ha sufrido tanto.

VALJ. ¡Oh! sí, muy dulce. (Aparece Batistina, por segunda derecha, con una lámpara encendida que coloca sobre la chimenea. Quita la mesa y al dirigirse hacia primera derecha, le cae un cubierto que Juan Valjean recoge y le entrega después de exclamar:) ¡Plata! (Vase Batistina primera derecha.)

MYR. Vamos, señor Júan; se hace tarde y necesitáis descansar. Esa es vuestra habitación. (Señala segunda derecha. Batistina sale de primera derecha y coloca los cubiertos en el armario. Valjean la mira.)

VALJ. (Aparte.) ¡Los cubiertos de plata! (Vase Batistina primera izquierda.)

MYR. Pasad buena noche. Mañana, antes de partir, tomaréis una taza de leche de nuestra vaca.

VALJ. Gracias. Pero... ¿decididamente me alojáis en vuestra casa... a vuestro lado?... Lo habeis reflexionado bien? Soy un hombre muy peligroso, el pasaporte lo dice... ¿Quién os asegura que yo no sea un asesino?

MYR. Eso es cuenta de Dios.

VALJ. ¡Allá vos! (Vase segunda derecha.)

ESCENA III

MYRIEL, después BATISTINA

MYR. Yo tambien estoy decaído y tengo sueño. (Pensativo da dos o tres pasos. Se detiene cerca del sillón. Se sienta.) ¡Pobre alma! ¿Es posible, como dice ese desgraciado, que no haya en él nada del hombre?... ¡No, eso no es, Dios mío! Tú pones en nosotros un primera chispa, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el Bien puede hacer radiante de esplendor, pero que el Mal no logra extinguir por completo... (Con voz debilitada gradualmente.) Solamente, solamente aquí abajo existen los poderosos y... los miserables... (Queda plácidamente dormido. Sale BATISTINA primera izquierda.)

BATIS. Como siempre quedóse dormido ¡Que no le moleste la luz! (Apaga las bujías y vase de puntillas por donde entró.)

ESCENA IV

MYRIEL, dormido, JUAN VALJEAN, despues BATISTINA

(Tras una pausa, aparece Juan Valjean descalzo, por segunda derecha. Lleva al hombro la mochila y los zapatos, y una palanca de hierro en la mano. Da algunos pasos hacia la ventana y se fija en el armario.)

VALJ. Esa plata bien valdrá doscientos francos... ¡El doble de lo que he que ganado en quince años de presidio! (Mira receloso y abre la ventana. Penetra un rayo de luna e ilumina a Monseñor. Mira a través de la ventana.) El huerto... Una tapia... No es obstáculo... ¡Por aquí!... (Se dirige hacia el armario y queda consternado cuando ve a Monseñor. Levanta, amenazador, la mano armada con la palanca. Suenan doce campanadas. Juan Valjean baja el brazo y se descubre ante Monseñor, que continúa dormido. Después abre resuelto el armario, coge los cubiertos y salta por la ventana.)

BATIS. (Por primera izquierda.) Hermano mío, a la enferma le repite el ataque... Pero... ¿qué veo? La ventana abierta... El armario... ¡Ah! ¡Nos han robado!

MYR. ¿Qué hay? ¿Qué ruido es ese?

BATIS. ¡El presidiario nos ha robado los cubiertos!

MYR. ¡Robado! ¿Olvidas que dije a ese infeliz: «Todo lo de esta casa os pertenece»? (Barullo fuera.)

ESCENA V

Dichos y DOS GENDARMES conduciendo a JUAN VALJEAN, por el foro

GEND. 1.° ¡Entra, granuja! (Empujando a Valjean.) Monseñor. (Saludando.)

VALJ. ¡Monseñor! ¡Es el obispo!

MYR. ¡Cómo! ¿Vos aquí? ¿Habéis olvidado algo?

GEND 1.° Monseñor, acabamos de capturar a este

pillastre. Ved, trataba de huir con estos cubiertos de plata. (Los muestra y dice a Valjean.) ¡Ah, buena pieza! No tardarás en saludar a tus camaradas.

VALJ. ¡¡El presidio!!

GEND. 1.º ¡Y a cadena perpétua!

MYR. (¡A cadena perpétua!) Decidme, señor Juan, ¿porqué no os habéis llevado los candeleros que os dí, que son también de plata como los cubiertos?

VALJ. (Asombrado.) ¿Qué decís?...

GEND. 1.º ¿Con que... no mentía ese hombre cuando dijo que se los habíais regalado?...

MYR. No mentía.

GEND. 1.º ¿De... manera que... podemos soltarle?

MYR. Sin duda alguna.

VALJ. (Como soñando.) ¿Es cierto qué me soltáis?

GEND. 1.º Sí, te soltamos... ¿No lo entiendes?...

MYR. (A Valjean.) Antes de partir, tomad vuestros candeleros. (A los Gendarmes.) Señores, podéis retiraros.

GEND. 1.º Monseñor. (Saludan y vanse.)

MYR (A Valjean.) Tomad, hermano.

VALJ. ¿Yo?... (Toma maquinalmente los candelabros.)

MYR. No olvidéis nunca, que me habéis prometido emplear esa plata en haceros hombre honrado.

VALJ. ¿Yo?...

MYR. Juan Valjean, hermano mío; vos no pertenecéis al Mal, sino al Bien. Yo rescato vuestra alma, la libro de las tinieblas y la consagro a Dios.

VALJ. ¡Dios! ¡Ah! ¡Este... este es Dios! (Señalando al obispo, como anonadado y con señales de profunda veneración. Vase foro.)

BATIS. Pero... cómo es posible...

MYR. (Sencillamente.) Hermana mía, socorramos a la moribunda. (Vanse primera izquierda.)

TELÓN

FIN DEL PRÓLOGO



ACTO PRIMERO

CUADRO III

¡Pobre madre!

Telón corto. Campo. Derecha, una puerta sobre la cual se leerá: «Posada». Delante de la casa, una cuna y dos sillas.

ESCENA UNICA

ANASTASIA, FANTINA y después THENARDIER

ANAS. (Sentada en el quicio de la puerta y acunando una niña, canta:)

Duerme, bien mío, duerme,
que viene el Coco,
y se come a los niños
que duermen poco!

FAN. (Por primer término izquierda con una niña dormida en brazos y un maletín de viaje, mirando la cuna) ¡Qué niña tan hermosa!

ANAS. ¡Oh, sí! Muy hermosa. Correspondo a vuestro cumplido. Me llamo Anastasia de Thenardier... Mi marido y yo tenemos esta humilde posada. Pero... sentaos.

FAN. Gracias. (Se sienta.) Estoy muy fatigada. Ved, mi pequeña se ha dormido en mis brazos. ¡Pobre angel! Pues... acabo de llegar de París.

ANAS. ¡Ah! De París a Montfermeil, hay una buena caminata. Y ¿cómo se llama vuestra pequeña?

FAN. Cosette. Tiene dos años.

ANAS. Como mi Eponina. ¿Y a dónde os dirigís?

FAN. A Montreuil, para ganarme la vida.

ANAS. ¿Ganaros la vida?... Pues... ¿y el padre de vuestra hija?

FAN. (Turbada.) ¡El padre!

ANAS. Sí, vuestro marido.

FAN. (Con dolor.) ¡Mi marido!...

ANAS. ¡Ah! Ya comprendo... ¡Pobre juventud!... ¡Siempre la misma historia!... Esos condenados de hombres, os enamoran, os dan palabra de casamiento, os encalabrinan, y después... ¡Ahí te quedas!... Con un niño sobre la conciencia y la nodriza a tu cargo.

FAN. (Con fuerza.) ¿Nodriza mi angel? Nunca. La crío yo misma. Pero estoy fatigada y me acomete la tos (Tose.)

ANAS. Cierto que no estáis muy fuerte, que digamos... ¿Cómo os las arreglaréis para trabajar?

FAN. Tendré valor. Me han escrito de Montreuil que una mujer puede ganar treinta sueldos diarios. Se ha establecido en el pueblo un extranjero, el señor Magdalena, quien ha logrado adquirir una cuantiosa fortuna con los abalorios negros, gracias a un procedimiento de su invención. El Sr. Magdalena, hace tanto bien al país, que, por aclamación, le han nombrado alcalde. Yo veré a ese buen señor y le pediré trabajo.

ANAS. ¡Hum!...

FAN. ¿Creéis que no me lo dará?

ANAS. No sé... (Desconfiando.)

FAN. (Con desaliento.) ¿Tal vez porque tengo una hija?

ANAS. ¡Tal vez!

FAN. Pero yo no puedo dejarla. ¿Qué sería de mi hija, si yo la abandonase?

ANAS. Ciertamente, en vuestra posición, cuando se necesita ocultar una falta y ganarse la vida, no queda más recurso que entregar la criatura a cualquier buena persona, pagándole, se entiende, para que os la cuide.

FAN. ¿Separarme de mi hija? ¡Nunca!

ANAS. (Con sorna.) Pues bien, llevéosla.

FAN. ¿Pero si a causa de mi hija no encuentro trabajo, cuando precisamente lo busco por ella?

ANAS. Os lo repito, creedme. Como me llamo Anastasia, no debéis llevárosla.

FAN. ¡Oh! ¡Callad, callad! Si siguiera escuchándoos.. (Se levanta y con la niña en brazos, se dispone a marchar.) ¡Adiós, buena mujer, adiós!

ANAS. (Aparte). ¡Pa chasco! (Besa a su niña y dice:) Por lo menos tú, hija de mis entrañas, no morirás de hambre y de frío.

FAN. (Retrocediendo.) ¡De hambre! ¡De frío! ¡Hija de mi alma! (La besa, sollozando.)

ANAS (Aparte, socarrona.) Es natural... El golpe no podía fallar.

FAN. ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Con decisión.) Decid, ¿queréis encargaros de la niña y cuidarla como a vuestra pequeña?

ANAS. ¡Oh! Según...

FAN. No tardaré mucho tiempo en volver. En cuanto haga los primeros ahorros, vendré a buscarla. Sí, es necesario, ya lo veo, es necesario separarme de mi hija.

ANAS. (Aparte.) ¡Por fin! (Alto.) ¡Cómo jugará con mi pequeña! Quedad tranquila, os la cuidaré por poco dinero.

THEN. ¡Hola! (Sale de la posada, cargando la pipa, que después enciende, y saluda brusco.)

FAN. Buenas tardes. (A Anastasia.) ¿Cuánto me llevaréis?

THEN. (Rápido.) Siete francos mensuales... y seis meses por adelantado.

ANAS. Seis veces siete... cuarenta y dos.

FAN. Os los daré.

THEN. (Aparte.) ¡Lástima! ¡Me he *quedao* corto! (Alto.) Y además... quince francos para los primeros gastos.

ANAS. En junto... cincuenta y siete francos.

FAN. Tomadlos. (Entrega el dinero.)

THEN. Bien. (Aparte.) Con esto satisfago mi pagaré de cien francos, que vence mañana. Mi costilla es una alhaja en eso de armar ratoneras.

FAN. Tengo ochenta francos. Yendo a pie, me queda suficiente para llegar a Montreuil.

THEN. ¿Y no tiene ropa la chiquilla?

ANAS (Aparte a Fantina.) Es mi marido.

FAN. (Aparte a Anastasia.) Ya me lo figuro. (A Thenardier.) ¡Vaya si la tiene mi reina! ¡Y buena ropa! La tengo en mi saco de viaje.

THEN. Tendréis que dejarla.

FAN ¡No faltaba más! ¡Ya lo creo que la dejaré!

THEN. Perfectamente.

ANAS. (A Fantina.) Dadme la niña.

FAN. Tomadla. (Entregándola cuidadosamente.) ¡Que no se despierte!

ANAS. (Coge la niña.) No temáis.

FAN. ¡Cuánto me alegra haberos encontrado! Vos queréis mucho a los niños. Bien se conoce. . (Suspirando.) ¡Hija mía! Dejad que la bese otra vez. (Besa a la niña con cuidado, y llora.)

ANAS. (Alzando la voz.) No lloréis.

FAN. ¡Chist! ¡Que no se despierte! (Hace ademán de marcharse, y de súbito, como recordando.) ¡Qué torpe! Olvidaba dejaros la ropa. Tomad. (Del maletín saca un envoltorio que entrega a Anastasia. Besa de nuevo a la niña.) Adiós. Otro beso. ¡Adiós! (Con resolución. Desaparece llorando.)

TELÓN

MUTACIÓN

CUADRO IV

El Alcalde

Vestíbulo de la Alcaldía de Montreuil. Amplia sala tapizada. Al fondo, gran puerta vidriera, a través de la cual se verá una plaza con un carro cargado de baldosas. A la derecha del foro, una puerta mampara con esta inscripción: «Despacho del Alcalde.» Primer término izquierda, una ventana, delante de la cual habrá una mesa escritorio. Una puerta en segundo término izquierda, sobre la cual se leerá: «Puentes y Caminos.» En primer término derecha, una puerta con un rótulo que diga: «Registro Civil.» En segundo término derecha, una puerta con este rótulo: «Cuerpo de Guardia.» Una estufa con tubería en punto adecuado. Sillas diseminadas por la escena.

ESCENA PRIMERA

FANTINA, FOUCHELEVANT, TIO COSME, SEÑOR MAGDALENA y OBREROS

(Al levantarse el telón, Tio Cosme y los obreros se hallan inmediatos a la puerta del despacho del Alcalde. Cerca de la mesa y de cara al público, Fantina, sentada, que viste un dominó deteriorado; cubre la cabeza con la capucha del mismo y está encorvada con las manos entre los muslos, de suerte que no permita adivinar sus facciones. Fouchelevant, sentado a la estufa, calentándose. Tras una corta pausa, aparece en el dintel de la puerta foro derecha, el señor Magdalena.)

TIO Y OBREROS (Al aparecer el señor Magdalena agitan sus gorras y gritan.) ¡Viva el señor Alcalde! ¡Viva el señor Magdalena!

MAG. Buenas tardes. ¿Qué se os ofrece, amigos míos?

TÍO (Se destaca del grupo y hablando con premiosidad.) Señor Alcalde... Señor Magdalena: hoy se inaugura vuestro nuevo taller de abalorios y... deseamos que vos mismo, presidáis, personalmente, el acto y que nos habléis de aquella manera que tanto nos anima y nos llena de contento... Porque vos, señor Magdalena, sois nuestra fortuna, nuestro amigo, y nosotros... nosotros os queremos con toda el alma. (Acaba profundamente conmovido.)

OBRE. ¡Viva el señor Magdalena!

MAG. Amigos míos, Tio Cosme: agradezco vuestro cariño y a los postres iré a honrar mi mano, estrechando la vuestra.

OBRE. ¡Viva el señor Magdalena! (El señor Magdalena y los obreros vanse por la puerta del foro.)

TÍO (Que es el último que desaparece.) ¡Todos, todos le quieren al señor Magdalena!

ESCENA II

FANTINA, FOUCHELEVANT, después JAVERT

FOUCH. ¡Menos yo!

FAN. ¡Ni yo!

FOUCH. ¿Vos?... (Acercándose a Fantina.)

FAN. Yo trabajaba honradamente en su taller y me despidió sin ningun motivo.

FOUCH. Yo era dueño de un taller antes de llegar ese hombre que ha sido mi desgracia. Dicen que ha enriquecido al pueblo con su invención que produjo mi ruina. No he querido trabajar en sus talleres y he preferido hacerme carretero. ¡Le aborrezco con toda el alma!
(Aparece JAVERT y dirigiéndose a un Agente de Policía, en el dintel.)

JAV. ¡Nada de consideraciones! (A Fouchelevant.) ¡Ah! ¿Sois vos quién se atreve a contravenir las ordenanzas?

FOUCH. ¿Lo decís a propósito de mi carreta? Es verdad, señor Inspector.

JAV. La habéis dejado en medio de la plaza. (Viendo a Fantina, con rudeza.) ¿Qué haces aquí a tal hora y en ese traje?

FAN. Dispensadme, señor Javert; vengo a legalizar una firma.

JAV. ¿Una legalización tú?...

FAN. Sí, señor; para mandar un dinero a los Thenardier, quienes cuidan de mi pequeña. Dicen que no han recibido el dinero que les envié y aquí me aconsejan que lo dirija al alcalde de Montfermeil. ¡Si no enviase el dinero, mi pequeña Cosette moriría de hambre!

JAV. ¿Tú tienes una hija?

FAN. Sí, señor Inspector. ¿No tengo derecho a una hija?

JAV. ¡No!

FAN. ¿Porque soy... lo que soy? Pero si no fuese... eso, mi hija moriría abandonada. ¡Angel mío! Y para que no muera... Porque yo no sería lo que soy, si no fuese madre. Entonces estaría bien, porque estaría muerta.

JAV. Vuelve más tarde y te despacharán. Pero nada de escándalos ni de insultos.

FAN. Seguro que no insultaré a nadie... Estoy hecha para ser yo insultada... ¡Ya lo sé!... Quedad con Dios. (Vase tosiendo.)

ESCENA III

FOUCHELEVANT y JAVERT

JAV. Y volviendo a vuestra carreta, la habéis dejado en mitad de la plaza, cerca de

aquella abertura de arena, lo que puede ser causa de una desgracia. Es preciso quitarla de allí.

FOUCH. No me atrevo a descargarla, mientras no llegue el delegado del Ayuntamiento, pues las baldosas son suyas, y no quiero cizaña con la Alcaldía. (Se oye afuera ruido de voces.)

JAV. ¿Qué es eso?

FOUCH. Vaya un alboroto.

JAV. (Mirando hacia afuera por la puerta del foro.) ¡Ah, es esa desvergonzada... Esa Fantina... ¡Aguarda, ya voy, aguarda! (Vase furioso, precipitadamente.)

ESCENA IV

FOUCHELEVANT

FOUCH. ¡Ese señor Javert, qué rudo! Buen hombre, pero demasiado rígido. Cuando mira con aquellos ojos que todo lo escudriñan y que siempre parecen sospechar... Y siempre mira así y a todo el mundo... ¡Hasta al señor Magdalena!... Es decir, a ese parece que le mira aún con más prevención que a nadie. ¡Cualquiera diría que le odia! (Transición.) Vamos en busca del Delegado, para que presencie la descarga. (Vase por la derecha y entran por el foro los siguientes:)

ESCENA V

FANTINA, JAVERT, GOMOSO, Agentes de Policía, Pueblo y después Sr. MAGDALENA.

(Varios Agentes de Policía, conducen a Fantina. El Pueblo se agolpa a la puerta.)

JAV. ¿Conque quieres hablar al Alcalde? Espera y le hablarás.

FANT. Aunque vos mismo debiérais dejarme libre. No habéis visto sino el final de la escena, e ignoráis el principio. Paseábame arriba y abajo del boulevard, sin meterme con nadie, cuando de golpe siento que me llenan la espalda de nieve. Eso me ha irritado y, en mi arrebato, no siendo dueña de mí, pues estoy enferma, tengo tos y me cuesta respirar, me he lanzado sobre él y le he castigado, pues lo merecía. Y aunque hice mal, ahora lo confieso, creo que tengo disculpa, y, ya véis, le pido perdón. (Al Gomoso, juntando las manos.) ¡Perdonadme!

GOM. ¡Insolente!

JAV. ¡Eso podrás decírselo al tribunal!

GOM. ¡Al Tribunal!

FANT. (Horrorizada.) ¡Al Tribunal!... ¿Cuándo?...

JAV. No sé... De aquí a dos o tres semanas... Ya te avisarán en la cárcel.

GOM. ¡En la cárcel!

FANT. ¡En la cárcel! ¡Yo en la cárcel! ¡Dios mío! pero ¿qué crimen he cometido! Yo pido perdón. Además he sido bestialmente insultada. Si estoy una sola semana presa, me devolverán a mi hija. Si tardo tres días en mandarles el dinero, estoy perdida. ¡No me llevéis a la cárcel!... ¡Mi pequeña Cosette sería abandonada en mitad del invierno! ¡Es tan niña! ¡Siete años, sólo!... ¡Tened compasión de mi!

JAV. Compasión de una desvergonzada, que acomete a la gente a patadas y puñetazos? (Entra el Sr. Magdalena.) ¡Ah! dile lo que te pasa, y veremos si te escucha y te pone en liberdad. (Irónico.)

FANT. Sí, que le hablaré, sí; aunque sé bien que iré a la cárcel. El es la causa de todas mis desdichas. (Al Sr. Magdalena.) De vuestro taller fuí arrojada por la operaria mayor, bajo pretexto de que yo tenía una hija sin

padre... ¡Pero es hija del amor y no del vicio! Al arrojarme de allí, no encontré trabajo en parte alguna. Mis sufrimientos no me hubieran apenado, pero los Thenardier exigían su dinero y me amenazaban con abandonar a mi hija, si no les pagaba. Entonces volví a dar la vida a mi hija al precio de mi honra, y por eso he llegado, con toda la repugnancia de mi alma, al punto donde me veo. Sí, he querido hablaros, sí. Antes de caer, vendí mi cabellera. Mirad. (Levanta el capuchón y enseña la cabellera cortada y adornada con unas flores marchitas). ¡He querido hablaros porque sois el causante de todas mis desventuras, y para llamaros miserable, hipócrita y asesino! (Le arroja las flores a la cara. Se oye un grito de indignación general).

JAV. (A los Agentes). ¡Sujetad a esa mujer! (La sujetan).

MAG. Inspector Javert, haced que la pongan en libertad.

FAN. (Asombrada). ¿Qué dice?

JAV. (Dudando y resistiéndose). ¿Decís... que la suelte, señor alcalde?

MAG. Yo me encargo de esa mujer y respondo de ella.

JAV. Perdonad, señor alcalde; eso es imposible. Ha insultado públicamente a un transeunte y...

MAG. Conozco detalladamente el suceso y sé que no tiene ella la culpa.

JAV. Esa miserable acaba en este momento de insultaros a vos mismo; a vos que sois la superior autoridad.

MAG. El insulto es solamente mío, y, en último caso, yo sabré hacer justicia.

JAV. ¡Es a la justicia a quien principalmente ha insultado. Merece seis meses de prisión... ¡y los cumplirá!

MAG. Esa mujer no irá a la cárcel, ni una sola hora.

JAV. Señor alcalde, permitid...

MAG. ¡Ni una palabra más!

JAV. Reparad...

MAG. Os lo mando. (Javert con un movimiento de resolución y contrariedad, hace ademán a los Agentes, que sueltan a Fantina).

GOM. Tened en cuenta, amigo Magdalena...

MAG. ¡Tened en cuenta que soy el alcalde!

GOM. Pues bien, señor alcalde, esa mujer se ha permitido...

MAG. Se ha permitido devolveros el insulto.

GOM. ¡Olvidáis que pertenezco a la Aristocracia!

MAG. Agentes de la Ley, encarcelad a ese hombre.

COM. ¿A mí? ¡Encarcelarme a mí! ¡¡La Aristocracia a la carcel!! ¡No puede ser! ¡No puede ser! (Los Agentes se apoderan de él y zarandeándole le conducen al cuerpo de Guardia).

FAN. ¿Qué es esto? ¿Sois vos mismo quien me defiende? ¿Vos? ¿Vos?

MAG. Nada sabía de vuestra despedida. Creo cuanto habéis dicho, pues os juzgo incapaz de mentir. Yo repararé en cuanto pueda vuestras desgracias. Os entregaré vuestra hija o iréis a buscarla. Volveréis a la vida honrada, que tanto lloráis perdida, y seréis feliz.

FAN. ¿Será cierto?... ¡Dios mío!... ¿Es esto posible?... ¡Oh! (Cae a los pies del señor Magdalena y le besa las manos, desmayándose en seguida).

MAG. Amigos míos, ayudadme a transportarla a enfermería de la fábrica. Pasad por mi despacho; es el camino más corto. (Todos acuden, llevándose a Fantina).

ESCENA VI

SEÑOR MAGDALENA y JAVERT

MAG. (A Javert que se aleja grave). Señor Inspector escuchad. Acabo de hablaros duramente..'

JAV. El señor alcalde estaba en su derecho. El señor alcalde es un magistrado, y yo su inferior. El señor alcalde ha sido indulgente con esa mujer, y eso no debiera extrañarme.

MAG. ¿Qué decís?...

JAV. Digo, que no debe extrañarme. El señor alcalde es tan bueno...

MAG. (Con tristeza). ¡Oh! Tan bueno...

JAV. Demasiado bueno, me atrevería a decir. Cuando se es bueno con los malos...

MAG. Los malos no son muchas veces malos, sino desgraciados.

JAV. ¡Los malos son... los malos! Los conozco bien. Aquí donde me véis, he nacido en una cárcel y de padres... de padres que estaban fuera de la Ley. Eso que debiera haberme hecho detestarla, ha logrado que la ame, que la venere.

MAG. Muy bien, cuando la ley es la Justicia.

JAV. ¡La ley es siempre la Justicia! Yo tengo el honor de servirla, y no debo juzgarla. Cumpliendo mis deberes, estoy seguro de no equivocarme nunca. Cuanto a los que han delinquido una vez, ya os he dicho que les conozco siempre. Vos ya debéis saber que de muy joven estuve... (Mirando fijamente al señor Magdalena.)

MAG. Estuvisteis en...

JAV. (Significativo.) Estuve empleado en las cárceles... en las cárceles del Mediodía...

MAG. (Natural.) ¡Ah!

JAV. He tratado profundamente a los criminales y, creedme, nada bueno puede esperarse de ellos. Cuanto más buenos parecen, más perversos, más hipócritas, y contad que saben representar admirablemente su papel. Ante ellos, mi deber me dice tan solo: ¡Vigila! ¡Vigila siempre!...

ESCENA VII

Dichos y FOUCHELEVANT, seguido de un EMPLEADO

FOUCH. (Al Empleado.) Venid a contar la carga del carro.

MAG. Sí; pero separadlo de aquel sitio, porque es peligroso.

FOUCH. (Con acritud.) Yo sé lo que debo hacer.

MAG. Pero no podréis hacerlo vos solo. Esperad un momento y mis obreros os ayudarán.

FOUCH. No necesito de vuestros obreros; mi carro me conoce ya y me obedecerá como siempre. No quiero deberos tal favor. (Al Empleado.) Vamos. (Vanse foro y se acerca al carro.)

MAG. (Abriendo de par en par la gran vidriera del fondo y mirando la plaza.) ¡Pero ese hombre se va a desgraciar!

FOUCH. (En la plaza, tirando de una rueda.) ¡Fuera! ¡Retirarse todos!... ¡Yaoh!... ¡Yaoh!... (Vuelca el carro y le coge debajo. Grito general en la plaza.)

PUEBLO ¡Oh!

JAV. El carro se ha volcado sobre él.

MAG. Y va a hundirse en la arena.

FOUCH. (Debajo del carro.) ¡Socorro!...

JAV. Corred en busca de una palanca.

MAG No dará tiempo. El carro se hunde... Diez luises al que le salve... Veinte luises...

JAV. ¡Se hunde más!

MAG. Veinticinco.... Treinta luises...

(En la plaza, ahora uno, después otro y varios a la vez, tratan de levantar el carro, sin conseguirlo.)

JAV ¡Ah, señor Alcalde! No es la voluntad lo que les falta... es la fuerza.

MAG. (Va a lanzarse.) ¡Allá voy!

JAV. (Deteniéndole.) No he conocido más que un hombre, uno sólo, capaz de levantar peso semejante.

MAG. (Observando a Javert.) ¿Qué decís?...

JAV. Un forzado del presidio de Tolón. Só o él podía suplir una cabria.

FOUCH. (En la plaza.) ¡Me ahogo!

MAG. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! (Resuelto se lanza a la plaza, se aproxima al carro y apoya fuertemente su espalda contra una rueda.)

JAV. (Observando la plaza.) Ya llega... Ya está junto al carro en el único terreno firme... ¡Va a ser aplastado también!... ¡Ah! El carro se levanta.

PUEBLO ¡Viva el señor Magdalena!

(En efecto, el carro se ha levantado y la gente saca a Fouchelevant de debajo de las ruedas. Todos felicitan al Alcalde.)

JAV. ¡Se han salvado! (Entra el señor Magdalena, pálido, con los vestidos en desorden y cubierto de arena y de nieve.) Señor Magdalena, os felicito. (El señor Magdalena se dirige a su despacho.) Antes de retiraros, debo solicitar de vos una licencia, pues necesito ir a París, en cumplimiento del servicio.

MAG. ¿Por cuánto tiempo?

JAV. Una semana.

MAG. Podéis ir cuando gustéis. (Entra en su despacho.)

JAV. (Con los brazos cruzados en el centro de la escena y mirando en dirección del despacho del Alcalde.) ¡El señor Magdalena... tú... Juan Valjean!... ¡Estoy seguro!... ¡Esta vez, eres mío! (En la plaza, el pueblo comenta animadamente el suceso.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO V

La tempestad bajo un cráneo

Telón corto. Despacho del señor Magdalena. Chimenea a la derecha, con candeleros de plata encima. Delante, una mesa escritorio. Izquierda, puerta de entrada. Una butaca. Alguna silla. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

SOR CARIDAD, FOUCHELEVANT, después SEÑOR MAGDALENA

FOUCH. Sor Caridad, bien sabido es que preferiríais la muerte a decir una mentira. Pero si al escribir a ese convento a donde me recomendáis...

CAR. ¿Y bien?... (Sentada a la mesa y terminando una carta que despues coloca en un sobre.)

FOUCH. Me refiero a la cojera que me quedó de aquel vuelco. No creo que sea dañina mi pierna coja al cultivo de la huerta, y ocultar mi defecto no sería mentir.

CAR. No decirla toda, no es decir la verdad. Pero tambien digo en mi carta, y como principal mérito, que sois un buen hombre y

estáis profundamente reconocido a vuestro salvador.

FOUCH. Sí, sí; toda mi vida por la vida del señor Magdalena.

CAR. Tomad esta carta de recomendación, que confío en que os bastará, y esto otro que el señor Magdalena me entregó para vos, pues habéis de partir mañana temprano. (Le entrega la carta y unos billetes de Banco.)

FOUCH. ¡Mil francos!

CAR. El señor Magdalena os compra el carro y el caballo.

FOUCH. (Moviendo la cabeza y sonriéndose.) ¡Oh! Sor Caridad, vos, que sois la verdad misma, decid si mi caballería estropeada y mi carro hecho astillas, valen este dinero.

CAR Para vos no, pero sí para el señor Alcalde. Sí, tío Fouchelevant; guardad ese dinero, pues lo habéis ganado por la buena acción que hicisteis realizar al señor Magdalena. (Entra el señor Magdalena.)

FOUCH. (Muy conmovido.) ¡Ah, Sor Caridad, señor Magdalena! Tendré que marcharme de aquí dejando todo mi corazón y llorando vuestra ausencia. (Vase.)

ESCENA II

SOR CARIDAD y SEÑOR MAGDALENA

MAG. ¡Qué, buen hombre! Sor Caridad, ¿cómo va nuestra enferma?

CAR. Algo mejor. El médico cree que llegaría a curarse si le trajeran a su hija.

MAG. Tres veces en quince días he escrito a esos Thenardier y no he recibido contestación. Creo que deberé ir yo mismo en busca de Cosette a Montfermeil.

CAR. ¡Oh, sí! Haced lo que decís y salvad una

alma en pena. Vos, que tanto amáis a los desgraciados, debéis amar a esa infeliz, que tan desgraciada es.

MAG. Sí. ¡Amo a todos los desgraciados!

CAR. Dos séres habia que os odiaban: Fouchelevant y Fantina... y cómo os habéis vengado de ellos, que os adoran y darían gustosos su vida por la vuestra. ¡Ellos, que son vuestros dos únicos enemigos!

MAG. ¡Ah! ¡Los únicos! (Entra Javert.) ¡Javert!

JAV. (Humildemente, en la puerta.) ¿El señor Alcalde quiere tener la bondad de escucharme?

MAG. Entrad, Javert, entrad. Sor Caridad, os ruego que volváis al lado de Fantina, y decidla que yo mismo iré mañana en busca de su hija y la pondré en sus brazos. (Vase Sor Caridad.)

ESCENA III

SEÑOR MAGDALENA y JAVERT

MAG. (Examinando unos papeles que hay encima de la mesa.) ¿Qué hay, Javert?

JAV. Que se ha cometido un grave delito.

MAG. ¿Cuál?

JAV. Un agente inferior de la autoridad en esta villa, ha faltado al respeto de un magistrado, de la manera más ofensiva que darse puede.

MAG. ¿Quién es el agente?

JAV. Yo, señor.

MAG. ¿Y el magistrado?

JAV. ¡Vos!

MAG. ¿Qué decís, Javert? ¿Cuándo y cómo me habéis faltado al respeto?

JAV. Yo, señor Alcalde, no os he querido nunca. Desde que estoy aquí, siempre os he visto poneros a favor de los delincuentes.

Ultimamente defendistéis también a Fantina. La bondad que consiste en favorecer al que se pone fuera de la Ley, es para mí una mala bondad. Vos sois bueno de esa manera; yo soy justo. No puedo quereros bien.

MAG. Estáis en vuestro derecho.

JAV. Ciertamente, si me hubiese limitado a no quereros. Cuando solicité de vos permiso para ir a París, ¿sabéis con qué fin?

MAG. No debe importarme.

JAV. Por el contrario, os importa mucho. Fuí a denunciaros.

MAG. ¿Denunciarme?

JAV. A la Prefectura.

MAG. (Sonriente.) ¿Como Alcalde que ejerce presión sobre la policía?...

JAV. Como antiguo presidiario. (Silencio. Se nota en Valjean una sacudida, pero, rápido, se serena.) Yo estaba convencido de ello desde que os vi. Una prodigiosa semblanza entre vos y aquel presidiario... Vuestra fuerza colosal cuando levantásteis el carro aquel... ¿Qué sé yo?... Atrocidades de la imaginación... En una palabra, os tomaba por Juan Valjean.

MAG. ¿Cómo decís?...

JAV. Juan Valjean. Le conocí cuando yo era guardián de calabozo en Tolón. Una vez cumplido y puesto en libertad, robó violentamente a un saboyano la cantidad de dos francos y en vano se le busca hace ya ocho años, pues su pena por reincidente, consiste en trabajos forzados por toda la vida. Llevado de mi preocupación, os denuncié.

MAG. Y... ¿qué os han respondido?

JAV. Que estaba loco.

MAG. ¡Ah!...

JAV. Y tenían razón.

MAG. Bien está que vos lo creáis así.

JAV. ¿Y cómo no creerlo? El verdadero Juan

Valjean fué prêso al cometer el robo de unas manzanas, y por reincidencia será condenado a trabajos perpetuos, sin contar con la causa por robo del saboyano. Pero, creedme; sólo viendo al otro, que dice llamarse Champmathieu, puede comprenderse mi aberración. La misma figura, igual edad, todo en todo el más exacto parecido. No obstante, al verle me he convencido de que no vos, sino Champmathieu, es el verdadera Juan Valjean.

MAG. ¿Ahora, al menos, estáis seguro?

JAV. ¡Y tan seguro! Es más: después de visto al verdadero Juan Valjean, yo mismo no comprendo cómo pude haberme alucinado tan tenazmente. (Con gran dignidad.) Señor Alcalde, os pido perdón.

MAG. ¿Y qué dice aquel hombre?

JAV. Ese Juan Valjean es un hombre hábil. Nada dice, o casi nada. Se reduce a un papel de atontado y a la constante afirmación de que se llama Champmathieu. Pero, reconocido por sus mismos compañeros de cadena, será condenado por toda la vida. Yo debo comparecer también como testigo.

MAG. ¡Ah! ¿Y cuándo se verá la causa?

JAV. Mañana.

MAG. ¡Mañana! ¿Entonces partís hoy?

JAV. Esta noche, en la diligencia.

MAG. ¿Cuánto durará la vista?

JAV. Un día, a lo más.

MAG. Está bien. Retiráos.

JAV. (Inmóvil.) Perdonad, señor Alcalde.

MAG. ¿Qué se os ofrece.

JAV. Debéis darme la destitución.

MAG. Javert, sois hombre de honor, y os estimo de verdad. Exageráis vuestra falta, y sois con ella, como con todas, excesivamente rígido. Creo que debéis continuar en vuestro cargo.

JAV. Señor Alcalde, sois verdaderamente bondadoso, pero no puedo ni debo complace-

ros. Yo, Agente de la Autoridad, la he ofendido gravemente. Es preciso un ejemplo en bien mismo de esa Autoridad y de los fueros de la Justicia. Debo tratarme como habría tratado a cualquier otro. Pido sencillamente la destitución del Inspector Javert. (Saluda, vase, y al llegar a la puerta dice:) Seguiré prestando servicio hasta mi relevo. (Vase.)

ESCENA IV

SEÑOR MAGDALENA y PORTERA

MAG. (Cayendo abatido en la butaca,) ¡Ah! ¿Es posible, Dios mío?... ¿Qué me sucede?... ¿Es cierto que Javert acaba de hablarme de mí... de aquel... de Juan Valjean? (Se estremece.) ¡Es inaudito! ¡Una semejanza tal entre dos hombres! ¡Cuando pienso que hace un momento estaba yo tan tranquilo!... ¿Qué hacer?... (Se levanta.) Iré al Tribunal; me denunciaré: El presidiario, el reincidente, soy yo. Poned en la calle a ese Champmathieu, y colocadme a mí en su lugar, que es el que me corresponde. Sí; es terrible, pero debe ser y será. Mañana partiré hacia Arras. Tengo tiempo. (Llaman suavemente a la puerta y la vieja portera entra.)

PORT. Perdonad, señor; venía a poner leña a la chimenea. (Arregla la chimenea.)

MAG. ¡Ah! Id a casa Seoffaire, el de los coches, y decidle que necesito un cabriolé con buena caballería, antes de amanecer, que no falte, pues lo necesito.

PORT. Ya sé. Sor Caridad me ha dicho que vais vos mismo en busca de la pequeña Cosette. ¡Qué bueno sois!

MAG. Bien, bien; dejadme solo. No olvidéis el en-

cargo del carruaje. Antes de amanecer. Id. (Vase la portera.) La situación es terrible, pero soy el solo dueño. Veamos. Hace seis años que lucho, que sufro torturas de mi conciencia; no he dañado a nadie y me he desvelado por hacer bien a todos... Pero todo eso es nada. Juan Valjean, considérate en el trance fatal de tu destino; colocado entre el egoísmo y el deber: entre tu porvenir y tu conciencia! Veamos... Hay que pesarlo todo; hay que escuchar la voz de la razón y de la verdad. ¡Esta es la hora de la suprema lógica! ¡La justicia no es más que una, la verdad es absoluta; el bien no lo es sino es todo bien, sin mezcla de mal! Examinemos... Examinemos fríamente. (Cierra la puerta.) Si me descubro, salvo al inocente y vuelvo a las prisiones, a trabajos forzados hasta mi muerte... Es espantoso, pero ¡debe ser!... Y después... ¿qué pasa aquí? Toda esta feliz población de obreros, obra de mi arrepentimiento, desaparecerá conmigo... Esa pobre madre, tan digna de redención, aquella infeliz criatura lanzada a la carretera... Verdaderamente ¿estoy en mi derecho al denunciarme? ¿Puedo permitir tal cúmulo de desdichas? ¡No, no, sería infame! Soy el señor Magdalena, continuaré siéndolo. Si alguien tiene la desgracia de parecer Juan Valjean, allá él, pues no valdrá nunca lo que todo un pueblo, lo que una madre martirizada o una niña inocente. ¡Juan Valjean es un nombre de fatalidad que flota en las tinieblas de la noche, se lanza sobre una cabeza y la aplasta! ¡Bah! ¿Acaso le he bautizado yo a ese infeliz?... ¿No es la Justicia quién asegura que aquel es el verdadero Juan Valjean?... (Pausa.) Pero... ¿qué habla en mi interior? ¿Es mi conciencia? Champmathieu es inocente; tu nombre, Juan Valjean, no ha caído sobre él de

suerte que tu no puedas arrancarlo. ¡Juan Valjean soy yo, sólo yo! ¿Qué vale ser el apoyo del huérfano, la dicha de un pueblo, el amparo del débil, si dejo castigar a un inocente?... ¡Miserable!... ¿Eh? ¿Quién ha dicho «miserable»? ¡Ah, sí! ¡Miserable! Mi chaqueta roja, mi casquete, mi cadena, mis tormentos, todo, todo eso que es mío, irá a pesar sobre un inocente!... ¡Pero denunciarme es terrible; no hay voluntad humana bastante fuerte para tal sacrificio! ¡No, no! ¿Cómo sufrir tantas vejaciones, tanta fatiga, las crueldades del cabo de vara, el peso del grillete inseparable, el martilleo diario de los eslabones, para observar si hay alguno roto?... ¡Ese es Juan Valjean... el que fué Alcalde de Montreuil!... ¡Demasiado, Dios mío, demasiado! ¡Estalla mi cerebro! ¡La tempestad ruje bajo mi cráneo! ¡Voy a enloquecer! ¡Piedad, Señor, piedad! (Cae anhelante en la butaca.)

TELÓN

MUTACIÓN

CUADRO VI

El proceso de un inocente

Sala de un tribunal

ESCENA PRIMERA

PRESIDENTE, ABOGADO GENERAL, DEFENSOR, CHAMPMATHIEU, entre dos Gendarmes, JAVERT, en el banco de los testigos, después BOULETRULLE, BREVET, COCHEPAILLE, Jurados, Abogados, Testigos y Público.

ABOG. G. (Terminando.) Así, pues, señores Jurados, ese hombre, es Champmathieu, cogido en flagrante delito de robo, trata de representar ante vosotros una comedia indigna, que no puede engañaros. Se finge imbécil, nada sabe, lo niega todo: su nombre, su identidad, su crimen; y, sin embargo, cuatro testigos le acusan: Javert, el íntegro inspector de policía y tres compañeros del acusado que con él arrastraron la cadena. Obrad en justicia, señores jurados.

JAV. (Levantándose.) Señor Presidente: si ya no soy necesario aquí, pido permiso para retirarme, pues debo estar mañana de regreso en Montreuil-sur-Mer.

PRES. ¿El Ministerio público o la Defensa se oponen, tal vez, a la petición del testigo? (Ambas partes hacen signos de conformidad.) Antes de marcharos, inspector Javert, ¿os ratificáis en vuestra declaración?

JAV. Sí, señor Presidente. Ese hombre, (Por Champmathieu.) no se llama Champmathieu, como pretende: ese hombre es el forzado Juan Valjean. Le conocí en Tolón y le reconozco perfectamente.

PRES. Está bien: salid. (Javert saluda y vase.) ¿La Defensa tiene algo que añadir a su informe?

DEF. Sólo me permitiré suplicar al Jurado, que si la identidad del acusado Juan Valjean es evidente, haya consideración y piedad del desgraciado, cuya capacidad intelectual casi anulada, tal vez por los trabajos y sufrimientos de su larga prisión, disminuye su responsabilidad.

PRES. Acusado, levantáos. (Un gendarme sacude el brazo de Champmathieu, quién se levanta.) ¿Tenéis algo que añadir en defensa vuestra?

CHAMP. Que he sido carretero en París: que estaba en casa del señor Baloup, boulevard del Hospital. Que ve n a ese señor Baloup: no tenéis más que preguntar por el tío Champ-

mathieu. No sé más, ni sé lo que se quiere de mí.

PRES. En interés vuestro os pregunto por última vez: ¿sois, sí o no, el forzado Juan Valjean?

CHAMP. Soy el tío Champmathieu: esto está claro como el agua. Siempre me he creído ser el mismo. No he robado manzanas, porque las recogí del suelo en un camino del paso. Hace tres meses que estoy en la cárcel: se me pregunta, se me marea, decid la verdad, y la verdad es que soy el tío Champmathieu. No sé porqué todo el mundo está contra mía.

ABOG. G. Señor Presidente: en vista de las denegaciones del acusado, requerimos que os sirváis, y se sirva la sala, acudir nuevamente al testimonio irrecusable de los tres compañeros de ignominia que con el pretendido Champmathieu arrastraron la cadena en el presidio de Tolón.

PRES. (Al Ujier.) Haced entrar de nuevo a los testigos. (Entran.) Testigos. Reflexionad antes de responder y considerad que una palabra vuestra puede absolver o condenar a ese hombre. (Al acusado.) Levantáos.

CHAMP. ¡Otra vez!

PRES. Bouletrulle: ¿persistís en afirmar que ese hombre no se llama Champmathieu, sino Juan Valjean?

BOUL. Sí, señor Presidente. Fuí el primero en reconocerle y aseguro que es Juan Valjean. Entró en Tolón en mil setecientos noventa y seis y salió en mil ochocientos quince. Estoy seguro.

PRES. ¿Y vos, Brevet?

BREVET ¡Vaya si le conozco! Hemos arrastrado la misma cadena cinco años seguidos, con que...

PRES. ¿Y vos, Cochepaille?

COCHE. Sí, sí, señor, es él.

CHAMP. ¡Que empeño!

PRES. Ya habéis oido. ¿Qué tenéis qué decir?

CHAMP. Repito que soy el tío Champmathieu. (Rumores en el público.)

PRES. Si no guardan silencio, los ujieres despejarán la sala. Voy a resumir.

MAG. (Abre una puertecita lateral y aparece en el estrado del Tribunal.) ¡Señor Presidente! ¡Bouletrulle, Brevet, Cochepaille: miradme!

VOCES ¡El señor Magdalena!

ESCENA II

Los mismos y el SEÑOR MAGDALENA

MAG. ¿No me conocéis? (Los tres forzados hacen signos negativos y de estupefacción.) Pues bien, yo os reconozco. Bouletrulle... ¿recuerdas aquella lima que manejamos juntos cuando nuestra primera evasión por el tercer ángulo del camino de ronda?

BOUL. (Estupefacto.) ¿Qué dice?

MAG. Brevet, tú llevas sobre el hombro derecho una quemadura profunda que tú mismo te hiciste para borrar las dos letras T. F. que, apesar de todo aun pueden leerse. Responde: ¿es verdad?

BREVET Es verdad.

MAG. Cochepaille, en el brazo derecho grabaste con agujas y pólvora: «Primero Marzo mil ochocientos quince.» Enseña el brazo desnudo.

COCHE. (Levantando la manga.) ¡Vedlo!

TODOS ¡Ah!

MAG. Señores jurados: (Con sublimidad humilde y decisión de mártir.) El hombre que buscáis no es ese, sino yo. ¡Yo soy Juan Valjean!

PRES. ¡Imposible!

MAG. ¿Lo dudáis? ¡Ved la prueba! (Desnuda un brazo y muestra marcadas en él las iniciales T. F. Gran expectación. Manifestaciones en el público. El Presi-

dente agita la campanilla. Todos los Magistrados y Jurados de pie, mirando a Juan Valjean. Champmathieu sin moverse del banco, mirando a Juan Valjean. Los demás a discreción. Barullo ensordecedor. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO VII

SOR CARIDAD

Una habitación de la enfermería. Al foro derecha, una puerta que da a la celda de Sor Caridad. A la izquierda, una ventana, que cae a los tejados y en primer término, la puerta de entrada, haciendo frente a una especie de diván, en donde está echada Fantina. Es de noche. Un secretaire).

ESCENA PRIMERA

FANTINA, SOR CARIDAD, DOCTOR

DOC. ¿Cómo os encontráis?

FAN. Bien. Quisiera ver al señor Magdalena. (Tose).

CAR. (Bajo al Doctor). No dice otra cosa desde hace unos días. ¿Qué la respondo?

DOC. (Bajo). Está muy mala. No podría dar dos pasos sin caer. Pero, ¿en dónde está el señor Magdalena?

CAR. Marchó ayer de madrugada, sin decir a dónde.

FAN. (Bruscamente, incorporándose). Estáis hablando del señor Magdalena. ¿Por qué habláis en

voz baja? ¿En dónde está? Responded. Quiero que venga.

CAR. Hija mía, estad quietecita... ¡Tranquilizáos.

FAN. (Con agitación febril). ¿No vendrá? ¿Por qué, por qué no vendrá? Vos lo sabéis. Decídmelo.

DOC. (Bajo a Sor Caridad). Decidle que está ocupado en la fábrica.

CAR. (Al Doctor). No. (A Fantina), El señor Magdalena, partió ayer a la madrugada.

FAN. ¿Partió? (Con alegría). ¡Fué en busca de mi adorada Cosette!

CAR. (Aparte). ¿Qué dice?

FAN. Sor Caridad, ya seré buena. Voy a echarme enseguida. Mirad. (Se tiende). El buen Dios es bueno y el señor Magdalena, es bueno también. Figuráos, ¡ha ido en busca de mi Cosette! ¡Hija mía!

CAR. Callad, estáos quietecita y...

FAN. Sí, hermana, sí, seré juiciosa. ¡Voy a ver a mi hija! Tiene razón, Sor Caridad, debo ser buena... Aquí todos son buenos, todos tienen razón. (Tose).

DOC. La mano. (Toma el pulso a Fantina).

FAN. ¿Verdad que sí, Doctor? ¡Ya estoy curada, pues mi Cosette va a llegar!

DOC. Bueno es eso; entre tanto, estad tranquila. (Va a la mesa y se pone a escribir. Sor Caridad coge una labor y trabaja cerca de Fantina).

FAN. Yo sabía una canción muy bonita... Con ella acunaba y dormía a mi Cosette.... Si pudiese recordar... (Recita con voz dulce) (1).

Compraremos muchas y muy bellas cosas,
paseando, y mirando lo bueno y mejor.
Las lilas son lila, rosadas las rosas,
las lilas son lila, y es bello el amor!

—

(1) Estos versos pueden suprimirse en la representación.

La Virgen María, con velo cuajado
de estrellas radiantes, fué ayer a mi hogar
y díjome: «Mira de luz circundado
al niño que un día viniste a implorar».

—

—Al pueblo inmediato marchad diligente,
comprad hilo y lienzo, y agujas comprad.

—

La cuna del niño, Divina Doncella,
con cintas de raso quisiera adornar.
Si el cielo me ofrece su estrella más bella,
mi niño, por ella no quiero trocar.

—

—Decidme señora, ¿qué haré de este lienzo?
—Con él la ropita del niño, formad.

—

Del río en las aguas lavad esta tela...
lavad con cuidado, no habéis de estrujar...
Lavad ya la tela, lavad con cautela,
que yo, por mis manos, la quiero bordar.

—

—Murió nuestro niño. ¿Qué hacemos señora?
—Haced mi sudario y en él me enterrad.

—

Compraremos muchas y muy bellas cosas,
paseando y mirando lo bueno y mejor.
Las lilas son lila, rosadas las rosas...
¡Las lilas son lila, y es bello el amor!

(Va apagándose su voz y queda, por fin, dormida).

ESCENA II

Dichos y SEÑOR MAGDALENA

CAR. (Bajo.) Por fin, señor Magdalena. ¡Qué inquietos hemos estado!

MAG. Perdonad, hermana; pueden venir a prenderme. Sí, en el primer momento me han dejado salir de allí, pero no estaré libre

mucho tiempo, de seguro. ¿Cómo está la pobre Fantina.

DOC. Muy mal. Por el momento, se encuentra soporizada...

CAR. Se figura que habéis ido en busca de su hija. ¿Es cierto?

MAG. No.

CAR. ¿Es decir que no venís de Montfermeil?

MAG. Vengo de Arras. Tenía dos deberes que cumplir. El uno doloroso, dulce el otro, y no debí empezar por el agradable.

DOC. ¿De suerte que la niña de esa desgraciada...

MAG. La tendrá, pero necesito por lo menos dos días.

DOC. Será tarde ¿Qué la diremos cuando despierte?

CAR. Que el señor Magdalena no se presente a ella y procuraremos que tenga paciencia, y así no habremos de mentir.

MAG. No, Sor Caridad: ya os he dicho que vendrán a prenderme, y necesito hablarla. (Se acerca a Fantina, una de cuyas manos coge.)

FAN. (Despertando y con sonrisa deliciosa.) ¿Y mi Cosette?

CAR. ¡Dios mío!

FAN. ¿En dónde está mi vida? ¿Por qué no la ponen cerca de mí, para que yo, al despertar, pueda verla?

DOC. Tranquilizaos, vuestra hija está allí.

FAN. (Devorando con la vista el punto señalado.) ¡Oh! ¡Traédmela!

DOC. Aún no. Tenéis algo de fiebre y la emoción os dañaría.

FAN. Os aseguro que no; que estoy ya buena. Doctor ¡mi hija!

DOC. Dijistéis que seríais dócil. Ya os la traeremos cuando sea más conveniente.

FAN. Perdonadme, señor Doctor; yo os prometo obediencia. Vea yo a mi hija y haré cuanto me ordenéis. Sí, seré dócil, pero os aseguro que la presencia de mi Cosette, no me dañará... ¡Lo sé bien!... ¿No podríais

dejarme verla, aunque, solo fuese un momento? Os la llevaríais enseguida. Mandadlo vos que sois el amo, os lo suplico...

MAG. Cosette es muy linda; está muy buena y la veréis pronto, pero no ahora. Tranquilizaos y obedeced, por vuestro bien. (El Doctor escribe una receta y sale.)

FAN. ¡Qué felices vamos a ser las dos! (Javert aparece en la puerta, Fantina se incorpora, mirándole aterrada, y lanza un grito.) ¡Ah!

ESCENA III

Dichos y JAVERT

FAN. ¡Señor Magdalena, salvadme! (Con terror.)

MAG. Calmaos y nada temáis. No viene por vos. (a Javert.) Sé lo que buscáis.

JAV. (Bajo al señor Magdalena.) ¡Vamos! ¡Pronto!

CAR. Señor Magdalena...

JAV. Sor Caridad, vos no sabéis decir más que la verdad; no le llaméis por ese nombre, porque no es el verdadero. (Al señor Magdalena, mostrándosela.) Ved la orden de arresto. ¿Vendrás ahora, por fin?

MAG. Javert...

JAV. No soy sino el Inspector.

MAG. ¡Señor, una palabra, una súplica!

JAV. Habladme en alta voz, a mí no se habla en secreto.

MAG. (Bajo.) Concededme dos días. ¡Dos días, por caridad! Dos días para ir a Montfermeil en busca de una niña que, tal vez, dará vida a su madre: esa desgraciada. (Por Fantina.) Acompañadme vos mismo, si queréis. ¡Dos días!

JAV. Me hacéis reir. ¡Dos días de libertad para buscar una criatura! ¡Está bien, muy bien!

FAN. (Incorporándose, aterrada.) ¡Ir a buscar a mi

hija! ¿Es decir, que no está aquí? Decidme Sor Caridad, señor Magdalena...

JAV. ¿Otra vez? Aquí no hay tal señor Magdalena; aquí no hay más que un ladrón, un criminal, un forzado de presidio! (Apoya bruscamente la mano en el cogote de Juan Valjean, quien baja la cabeza.)

FAN. (Con grito ronco.) ¡Ah!... (Se incorpora, tiembla convulsivamente todo su cuerpo, y muere.)

CAR. (Arrodillándose.) ¡Misericordia, Dios mío!

MAG. (Terrible a Javert.) ¡Habéis matado a esa mujer!

JAV. (Intimidado.) ¿Acabaréis? La guardia está abajo.

MAG. (Más terrible.) ¡No os aconsejo que uséis violencia en esta ocasión! ¡No! ¡¡No!!

JAV. (Andando hacia atrás subyugado.) ¿Cómo? ¿Qué es eso?

MAG. Necesito quedar a solas con la muerta. Esperadme ahí fuera. No quiero que vuestra mirada se fije en ella. ¡Salid! (Javert le sujeta violentamente de un brazo, pero el señor Magdalena se apodera rápido de una muñeca de Javert, y con un movimiento de torniquete oblígale a soltar. Javert levanta su bastón y el señor Magdalena hace añicos una silla, y con un garrote amenaza a Javert, quien retrocede asustado.)

CAR. (A Javert.) Salid, os lo suplico. (Vase a su celda.)

JAV. (Examinando.) Una celda sin salida... Esa ventana tiene cincuenta pies de altura... Os concedo tres minutos.

MAG. ¡Salid! ¡Pronto! ¡Salid! (Javert vuelve a levantar el bastón, aprovechando un descuido del señor Magdalena, quien advertido, le amenaza de nuevo con el barrote. Javert retrocede y vase.)

ESCENA IV

SEÑOR MAGDALENA y FANTINA (muerta.)

MAG. ¡Fantina! ¡Habéis venido demasiado tarde y os vais demasiado pronto! Es igual; yo os juro... ¿lo entendéis? yo os juro que buscaré a vuestra hija y haré su felicidad. (Llamando.) Sor Caridad.

ESCENA V

Dichos y SOR CARIDAD

(Entra Sor Caridad. El señor Magdalena escribe rápidamente algunas palabras en un papel.)

MAG. Hermana: os ruego que veléis sobre lo que dejo aquí. Tomad de allí lo necesario para los gastos de mi proceso, (señala el secretaire) y para el entierro de esa pobre mujer. Lo demás, repartidlo todo entre los pobres. (La entrega el papel. Se aproxima a Fantina, se arrodilla piadosamente, la cierra sus párpados y la besa una mano. Se levanta, y resuelto y sereno da unos pasos hacia la puerta.)

CAR. ¿A dónde vais?

MAG ¡A salvarme!

CAR. ¿Salvaros? ¡Es imposible! Os acechan... Ya están aquí... ¡Pronto!... Ocultáos. (Rápidamente empuja al señor Magdalena, le cubre con la hoja de la puerta abierta de la celda. Javert entra.)

ESCENA ULTIMA

Dichos y JAVERT

JAV. ¡Ah! ¡No está aquí! (Se dirige a la celda de Sor Caridad, quien le cierra la entrada, con los brazos en cruz. Javert se detiene y la dice:) ¡Sor Caridad, vos no habéis mentido nunca!... Decidme... ¿Está ese hombre aquí?

CAR. ¡No!

JAV. ¡Escapado! Pero... ¿por dónde? (Señalando la ventana.) ¿Por ahí?

CAR. ¡Sí!

JAV. Por los tejados... ¡Lo temía! ¡Guardias, seguidme! ¡A él! (Salen dos guardias y con Javert desaparecen por la ventana.)

MAG. (Saliendo y arrodillándose ante Sor Caridad.) ¡Oh! Santa mujer.

CAR. ¡Mi primera mentira!

MAG. ¡Estad segura de que os será premiada allá, en la patria de Dios!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO VIII

La Alondra

Bosque. Noche obscura. Una fuente en la roca. Telón corto.

ESCENA ÚNICA

SEÑOR MAGDALENA, después COSETTE

(Señor Magdalena, sale llevando un palo al hombro y un iío colgado del extremo).

MAG. Estos grandes bosques, la soledad, el silencio, las tinieblas, son imponentes: tienen algo de religioso... Te adivino cerca de mí, Fantina. Desde que tus ojos muertos, clavaron tu vista en los míos, me siento guiado por ti, aunque no te veo. Javert sigue mi pista, no puede estar lejos y ante una persecución rigurosa, voy y vengo y me muevo y acciono con perfecta seguridad, con una confianza que no nace de mí mismo. Aun podrías ser dichosa con tu hija, para quien será toda mi fortuna oculta bajo un puñado de tierra. Adelante, ocultemos el caudal de Cosette. (Vase por la dere-

cha. Aparece por la izquierda Cosette, que lleva un cubo en la mano).

Cos. La senora Tnenardier no debería mandarme a buscar agua, tan tarde y tan lejos. A lo menos de día... ¡pero de noche tengo un miedo!... ¡Qué frío!... ¿La fuente? Sí... aquí está... (Inmerge el cubo y al retirarlo con gran esfuerzo). ¡Cómo pesa!... A ver. (Hace un esfuerzo). ¡No puedo! ¡Dios mío! No puedo. (Sale el señor Magdalena, toma el asa del cubo y Cosette retrocede asustada).

Mag. El cubo es muy pesado, hija mía.

Cos. Sí, muy pesado.

Mag. Yo te le llevaré. ¿Qué edad tienes?

Cos. Siete años, señor.

Mag. ¿Y vas lejos?

Cos. A Montfermeil; casi media legua.

Cos. ¿No tienes madre?

Mag. No sé... no lo creo. La otra sí que la tiene. Yo no... digo, me parece que no la tengo.

Mag. ¿Cómo te llamas?

Cos. Cosette, señor.

Mag. (Aparte). ¡Oh! ¡Es ella! (Alto). ¿Quién, pues, te manda así de noche y por estos bosques?

Cos. Es la señora Thrnardier.

Mag. ¿Y qué hace tu señora Thenardier?

Cos. Es mi ama. Tiene una posada.

Mag. ¿Y no tiene criados?

Cos. No, señor.

Mag. ¿Estás tu sola?

Cos. Sí, señor... Es decir, hay también otra niña, Eponina.

Mag. ¿Quién es Eponina?

Cos. Es... como la hija de la señora Thenardier.

Mag. ¿Qué hace?

Cos. Tiene una muñeca muy bonita y cosas de oro... y juguetes. Se divierte siempre.

Mag. ¿Todo el día?

Cos. Sí, señor, sí.

Mag. ¿Y tú?

Cos. Yo no: yo trabajo.

Mag. ¿Todo el día?

COS. Sí, señor, sí.

MAG. (Así mismo). ¡Ah! podría llevármela enseguida Tal vez fuera lo más conveniente... Pero, no: no debo hacerlo. (A Cosette). ¿Dices que esa Thenardier, tiene una posada?

COS. Sí, señor.

MAG. Pues bien: iré a cenar allí. ¿Quieres guiarme?

COS. (Alegre). Sí, señor, sí.

MAG. Vamos, (se inclina a coger el cubo).

COS. ¡Por aquí, señor, por aquí! (Vanse por la izquierda).

MUTACIÓN

CUADRO IX

La guarida de las raposas

Comedor de una posada. Puerta al fondo y a la derecha. A la izquierda un mostrador. Mesas, botellas y vasos. Una escoba en un rincón. Sobre una silla una muñeca.

ESCENA PRIMERA

ANASTASIA y THENARDIER

ANAS. Pues no tarda poco la muy *arrastráa*. En cuanto llegue la deslomo... ¡Y la perdida de su madre sin mandar plata! (A Thenardier.) Sabes que mañana mismo la pongo de patitas en la calle, es decir, en la carretera.

THEN. Mañana no será ella sola. Has olvidado que ya no podemos estar aquí ni un día más.

ANAS. ¡Qué desgracia tan grande!

THEN. La gente de Montfermeil no sabe beber...

ANAS. Y tú, en cambio, sabes demasiado.

THEN. ¡Mujer, tanto como eso!...

ESCENA II

Dichos y SEÑOR MAGDALENA

(El señor Magdalena y Cosette permanecen un instante en la puerta.)

COS. ¿Señor?...

MAG. ¿Qué, hija mía?

COS. Dejadme el pozal.

MAG. ¿Porqué?

COS. Porque si la señora Thenardier viese que me ayudábais, me pegaría. (Coge el cubo.)

ANAS. (Viendo a Cosette.) ¡Ah! ¿Ya has *llegao, so tunanta?*

COS. (Temblando.) Señora, aquí viene un señor que desea cenar.

ANAS. ¿Ese señor? (Señalando al señor Magdalena.)

COS. Sí, señora.

ANAS. (Al señor Magdalena.) ¿Cenar y dormir?

MAG. Cenar.

ANAS. ¿Y qué es lo que deseáis comer?

MAG. Pan y queso.

THEN. (Aparte a su mujer.) ¡Un pelele! ¡Ni un céntimo!

(Anastasia sirve al señor Magdalena. Cosette coge la muñeca y juega con ella.)

ANAS. (A Cosette.) ¿Qué haces tú? ¿Así trabajas? ¡Jugando con la muñeca de mi Eponina!... ¿No lo ves, Thenardier?... *¡Condenáa!* Te voy a matar... (Levanta una escoba sobre la cabeza de Cosette. El señor Magdalena le sujeta el brazo y tira la escoba.)

MAG. ¡Deteneos! ¡Espera, Cosette, espera! (Vase rápidamente y vuelve enseguida cargado con una muñeca grande y lujosa.) Toma, Cosette; es tu muñeca.

COS. ¡La que estaba ahí enfrente, en la feria! (Sin atreverse a tomarla.) ¡No... me engañáis!

ANAS. Señor, ya que le gusta a Cosette nuestra

muñeca, ¡vaya por Dios! que se la quede... Esa que vos traéis, podríais regalarla a mi Eponina.

MAG. Gracias por vuestra bondad... Eponina puede quedarse con su muñeca; la que traigo yo es para Cosette. (A Cosette.) ¡Toma ángel mío! Es para tí.

COS. ¿Para mí?... ¡Será mi hermanita!... ¡Gracias, señor, gracias! (Toma la muñeca con adoración; la besa, la abraza.)

ANAS. (Furiosa.) ¡Anda! ¡Deja la muñeca! ¡A trabajar!

MAG. ¿Qué es lo que debe hacer esa pobre criatura?

ANAS. Medias para mi Eponina?

MAG. ¿Cuánto tardará en hacer un par?

ANAS.. Aun tardará cuatro o cinco días, la *arrastráa.*

MAG. Y valdrán bien poco, ¿verdad?

ANAS. Lo menos treinta sueldos.

MAG. ¿Queréis venderme el par de medias y os daré cinco francos?

ANAS. Si os empeñáis, y ese es vuestro gusto, quedan para vos las medias.

THEN. (Acercándose.) Mi mujer y yo, no sabemos negar nada a nuestros parroquianos. Pero debéis pagar en el acto.

MAG. Compro el par de medias y las pago. (Echa una moneda de cinco francos sobre la mesa y dice a Cosette:) Tu tiempo es mío. Deja el trabajo, pobrecilla.

THEN. (Guardándose el dinero.) ¿Qué clase de hombre es ese?

COS. ¿De veras, señora, puedo jugar?

ANAS. ¡Juega!

COS. Gracias, señora. (Muy alegre toma la muñeca y juega con ella.)

THEN. (Bajo a su mujer.) Yo he visto millonarios con levitones como ese (Coge papel y pluma y se pone a escribir.)

ANAS. (Aparte.) Tiene razón; hay ricos de esa facha. Tal vez es el señor de Laffiite.

THEN. (A su mujer.) Ponle una servilleta, un vaso, vino y una bujía. (La entrega un papel) ...y luego le presentas, con mucha delicadeza, este papel.

ANAS. (Sirviendo lo dicho al señor Magdalena.) Yo bien deseo que la niña juegue, pero ya comprenderéis que debe trabajar, porque somos muy pobres.

MAG. ¿No es vuestra la niña?

ANAS. No, señor, no. Es una pobrecita, abandonada por su madre. La recogimos por caridad. La *arrastráa* de su madre nos prometió ayudarnos a la buena obra, y a estas alturas nos debe más de cien francos. ¡Y tenemos tantas cargas! ¡Estamos *entrampaos!*

MAG. De suerte que si os quitasen esa carga tan pesada...

ANAS. ¿La niña?...

MAG. Ciertamente.

ANAS. ¿Y los cien francos... largos que se nos adeudan?...

MAG. Se os pagaran...

ANAS. En tal caso, mi buen señor, tomadla, lleváosla, trufadla si queréis y coméosla y que la virgen del Rosario os premie.

MAG. ¡Conformes! Me la llevo.

ANAS. ¿De veras? ¿Y cuándo?

MAG. Ahora mismo.

ANAS. Conformes.

MAG. (A la niña.) Toma y vístete en seguida. (Del paquete saca un trajecito, medias y zapatos negros, y lo entrega a Cosette.)

COS. (Muy alegre.) ¡Oh! ¡Sí, sí, en seguida!... (Vase.)

MAG. ¿Qué os debo?

ANAS. Al momento. (Saca el papel que le entregó su marido, lo lee con sorpresa.) ¡Doce francos! (Alto a Magdalena.) Doce francos, señor... doce francos por todo el servicio.

MAG. (Pagando.) Está bien.

THEN. (Que ha observado toda la escena, avanza.) El señor debe únicamente seis sueldos.

ANAS. ¿Eh?

THEN. Dos sueldos de pan y cuatro de queso... En lo que se refiere a la niña, es necesario que yo hable con este buen señor. (Bajo a su mujer.) Déjame; debo descubrir lo que hay debajo de ese redingot.

MAG. (Aparte.) ¡Pobre Cosette! ¡Tal vez me cuestes muy cara, tesoro mío! (Vase Anastasia por la izquierda.)

ESCENA III

SEÑOR MAGDALENA, THENARDIER, después COSETTE

THEN. Escuchad, señor. Es el caso que adoro a esa linda criatura.

MAG. ¿Cuál?

THEN. (Como si no entendiese.) ¡Qué vale el dinero! Recoged esas piezas de plata. Adoro demasiado a esa niña.

MAG. ¿De veras?...

THEN. ¿Queréis llevárosla?... Pues, bien; francamente, yo no puedo consentirlo. Verdaderamente que nos cuesta un sentido y que no somos potentados, pero la tenemos como si fuese nuestra hija, y una hija no se vende. A pesar de todo, yo comprendo que para ella sería un bien, pues se conoce que sois verdaderamente rico... Y suponiendo, suponiéndolo no más, que os permitiera llevárosla, yo desearía poder verla de cuando en cuando... y ni conozco vuestro nombre.

MAG. Si me llevo a Cosette, me la llevo y nada más. Nunca sabréis mi nombre ni mi destino.

THEN. (Bruscamente.) ¡Necesito mil quinientos francos!

MAG. (Con fría calma.) Todo en este asunto debe

hacerse de conformidad entre vos y yo. Nunca tuve la intención, aunque pude haberlo hecho, de llevarme a la niña sin pagaros. Os deben cien francos, según vos, y exigís mil quinientos...

THEN. Señor...

MAG. Ahí van. (Saca billetes de una cartera y los echa sobre la mesa.)

THEN. (Aparte. Tendiendo la mano.) ¡Rediós!

MAG. (Deteniéndole.) ¡Perdonad! He preparado un recibo en regla, por el cual reconocéis haber sido completamente satisfecho y renunciais a toda reclamación. (Presenta el papel.) Firmad. (Thenardier duda un momento, se decide a firmar y toma los billetes.) Entre tanto, llamad a Cosette.

THEN. (Llamando.) ¡Cosette! (Cosette entra vestida y calzada de luto. El señor Magdalena la toma de la mano y se disponen a salir. Thenardier les detiene.)

MAG. Adiós.

THEN. Perdonad, señor, escuchadme, pero... he reflexionado que no tengo derecho a entregaros esa niña.

MAG. ¿Qué decís?

THEN. Soy un hombre honrado: esta niña no es mía, es de una mujer que me la confió. Yo no puedo devolverla más que a su madre o a persona que traiga un escrito suyo ordenándome que se la entregue.

MAG. Nada más justo. (Vuelve a sacar la cartera y de ella un documento.)

THEN. (Aparte.) Va a comprarme; no se la doy por menos cinco mil francos.

MAG. (Entregándole el papel.) Leed.

THEN. (Leyendo.) «Señor Thenardier: entregaréis »mi hija Cosette a la persona que os pre»sente este papel y que os pagará cuanto »se os debe.—Fantina.»

MAG. ¿Conocéis esta firma! Ved que está legalmente legalizada.

THEN. (Estupefacto.) Pero...

MAG. Os he pagado, justifico mi derecho y nada podéis pretender. Adiós.

THEN. Sin embargo... quiero más dinero (Intenta sujetar al señor Magdalena, pero éste levanta el bastón con gesto terrible y Thenardier, vencido, retrocede.)

MAG. Vamos, Cosette. (La toma de la mano y sale con ella.)

ESCENA ULTIMA

THENARDIER, ANASTASIA, después JAVERT y AGENTES DE POLICÍA

ANAS. ¿Cuánto le has sacado?

THEN. Mil quinentos francos.

ANAS. ¿Qué dices? ¡Esa miseria!... ¡Ese tío hubiera dado más!

THEN. Tienes razón... ¡he sido un imbécil! Indudablemente es un saco de oro. Ha empezado por dar cinco francos, después quince, luego mil quinientos y habría dado quince mil, como los dará. Voy en su busca (Abre una navaja y vase, amenazador, hacia la puerta, pero Javert aparece en ella y Thenardier oculta la navaja.)

JAV. ¡En nombre de la ley! Un hombre ha debido venir aquí, esta noche, a reclamar una niña.

THEN. Acaba de salir con ella.

JAV. Daré con él. (A los Agentes.) ¡Todos a escape! ¡Camino de París! (Vanse.)

THEN. (Avanzando con Anastasia hasta la concha.) No sabíamos si era rico o pobre. Es las dos cosas. ¡Es un ladrón!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO X

El cordero huye del lobo

Una calle desierta, en cuyo fondo existe una antigua casa. Un muro de gran altura pegado a ella, formando ángulo hacia la izquierda, en el extremo del cual aparece una puerta condenada. En el ángulo de la izquierda, un farol con cuerda, que, después de pasar por una polea va atado a una alcayata fija en la pared. Noche. A intervalos, la luna.

ESCENA PRIMERA

JUAN VALJEAN y COSETTE

VALJ. Estas callejas parecen un laberinto... ¡Mejor!... Los sabuesos de la policía han perdido mi rastro... ¡Oh! ¡Inflexible Javert- ¡Qué horrible caza!... Necesito un refugio... un lugar hospitalario... (Lleva a Cosette en brazos y la estrecha contra su pecho).

COS. (M). ¡Tengo miedo!

VALJ. ¡Oh! ¡Calla! ¡No hagas ruido! ¡Nos persigue la Thenardier!

COS. (M). ¡Ya callaré! ¡Ya callaré! (Deja a la niña y mira hacia una calle, pero retira vivamente la cabeza). Ja-

vert y sus hombres, al extremo de esa calle. (Toma de la mano a la niña). ¡Ven! ¡Pronto! (Se dirige a la derecha y retrocede súbitamente.) Allá también figuras inmóviles que vigilan!... ¡Cercado por todas partes!... Ni una salida... Por este rincón (el ángulo) me escaparía fácilmente, si yo fuese solo. Pero la niña... (Deteniéndose ante la puerta condenada). Esta puerta no parece muy sólida (apoya vigorosamente la espalda en un plafón que eede; lo separa y examinando el interior). ¡Un muro! ¡Está condenado!

JAV. ¡Vigilad! (su voz dentro, a la derecha),

VALJ. ¡Se acercan! ¡Ven, hija mía. Ocultémonos para ganar tiempo! (Arranca unos tablones de la puerta y se oculta con Cosette entre la puerta y el muro que lo condena, colocando desde adentro las maderas en su lugar.

ESCENA II

JUAN VALJEAN y COSETTE ocultos, JAVERT con dos Agentes (JAVERT entra seguido de los dos Agentes y llevando bastón y una pistola dispuesta).

JAV. He dejado cuatro hombres a la entrada del callejón Palonseau... ¡Imposible que se escape! ¡Marchemos pegados a las tapias!... (Vanse por la callejuela de la derecha).

VALJ. (Saliendo de su escondite). Imposible permanecer aquí más tiempo... Voy a ver si encuentro otra salida... Vuelvo por tí, Cosette. (Coloca con destreza las tablas y sube la tapia por el ángulo de la izquierda). ¡Es el único medio de salvación! ¡Silencio. Cosette! ¡Ayúdeme, Señor! (Desaparece Valjean.)

JUV. (Avanza sólo, vuelve con precaución y explora el terreno; después se fija en la puerta condenada y hace penetrar su bastón a la altura del pecho de un hombre). !Nò está! ¿Dónde se habrá metido? (Desapa-

rece, buscando. Valjean desciende por la tapia).

VALJ. ¡Ven, Cosette!... Allí hay una cuerda... (Corta un pedazo de cuerda que suspende el farol, pero sin que aquel baje, pues alumbra). ¡Ven, hija mía! ¡Nada temas... (Se quita el pañuelo que lleva al cuello y lo coloca alrededor del cuerpo de Cosette. Al pañuelo ata un cabo de la cuerda y coge el otro extremo con los dientes. Lleva la niña al ángulo y sube por él. Ya sobre el muro, tira de la cuerda y asciende Cosette, desapareciendo en el mismo instante en que Javert se presenta de nuevo). ¡Sálvanos, Dios piadoso! (Comienza á oirse el canto de las monjas acompañado de órgano y dobla tristemente una campana).

JAV. (Entrando.) ¡Dios de Dios! ¡Ha huído! ¡Me ha burlado!

TELÓN

CUADRO XI

El puerto de salvación

Jardín de un convento. A la derecha, el muro del cuadro anterior, visto por la otra cara. Cerca del muro, un gran árbol, que permite a Juan Valjean descender por él con la niña en brazos. Un poyo con respaldo, cerca del árbol. Fondo, izquierda, un edificio de sombría apariencia, con ventanas provistas de cristales de colores e iluminadas. Claustros que se pierden por la derecha, iluminados por la luz mortecina de una lámpara de hierro forjado, con cristales verdes, pendiente del techo.

ESCENA UNICA

JUAN VALJEAN, FOUCHELEVANT, COSETTE, MONJAS

(Dentro del edificio, suena el órgano tristemente. Por el claustro cruzan y desaparecen por la derecha, las monjas vestidas de blanco, entonando un canto fune-

rario. Valjean desciende, con esfuerzo, por el árbol, con Cosette en brazos. Dobla, con lúgubre son, una campana. La luna brilla a intérvalos y fija, por fin, su claridad. Pausa.)

FOUCH. (Que aparece por la izquierda, cargado con unas esteras con las cuales va cubriendo las plantas.) ¡Qué noche tan fría! ¡Abriguemos nuestras plantas! ¡Esta es noche de duelo! ¡Pobre Sor Piedad! Al morir, exclamó: ¡Dios mío, lástima que mi cadáver no pueda servir al Bien!... Aquí mi vida corre plácidamente... casi debo alegrarme por mi pata coja... ¡Este bienestar se lo debo al señor Magdalena!

VALJ. (¿Quién pronuncia mi nombre? ¿Quién se acuerda aquí del alcalde de Montreuil?) (Dentro suena el órgano y el canto religioso se eleva con mayor solemnidad.) ¡Un hombre! (A Fouchelevant, sin conocerle.) ¡Por piedad, escuchadme, hermano!

FOUCH. (Asustado.) ¿Quién sois? (Transición.) ¡Qué ven mis ojos! ¡El señor Magdalena! ¿Por dónde habéis entrado?

VALJ. (Que coloca a Cosette en el poyo.) ¿Decidme, Fouchelevant, ¿qué casa es esta?

FOUCH. El convento del Pequeño Picpus, en donde me procurásteis la plaza de jardinero.

VALJ. Fouchelevant, ¡mi niña y yo estamos perdidos! ¡Este es nuestro solo puerto de salvación!... ¿Queréis salvarnos?

FOUCH. Mandad, mandad... ¡A no ser por vos, mi carreta me hubiera aplastado!

VALJ. Dejad eso. ¿Podréis conservar a mi pequeña aquí, durante algún tiempo?

FOUCH. Cuanto queráis. Precisamente estoy autorizado para traerme una sobrinita, y vuestra pequeña podrá hacer sus veces. Pero, ¿y vos, señor, y vos?

VALJ. ¿Yo?... ¡No sé!... (Javert me ha visto entrar y habrá rodeado jardin y edificio... ¿Cómo huir, sin caer en sus manos?

FOUCH. ¿Habéis dicho «huir»?

VALJ. Sí. ¿Cómo sin ser visto?

FOUCH. ¡Ah! ¡Dios me inspira! Oid. Acaba de morir una monja. Esta noche debemos enterrarla en el cementerio inmediato: yo soy el encargado de esa triste labor. Tengo un ayudante forzudo, pero ciego... Puedo enterrar los despojos de la monja en un espeso del jardín. Vos, colocáos en su ataud que dejaré, por esta noche, en el depósito de cadáveres, y, burlando a vuestros perseguidores, podréis huir. ¡Seréis libre!

VALJ. ¡Oh, gracias, Señor! Fouchelevant, venid a mis brazos. (Se abrazan.) ¡Dios pagará vuestra buena acción!

FOUCH. Estoy pagado ya desde hace tiempo. Vos me deberéis la libertad y yo os deberé siempre la vida.

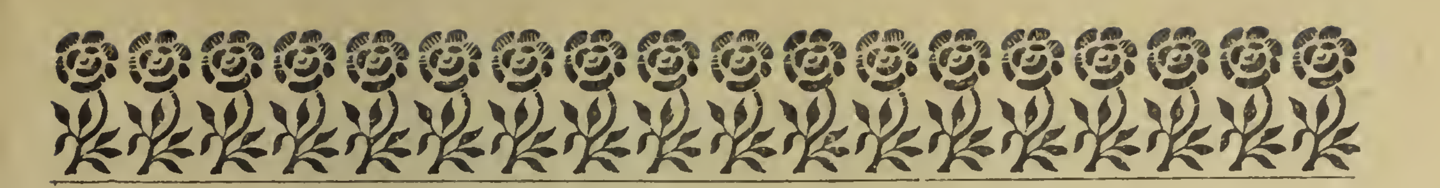
VALJ. ¡Gracias, noble corazón!

FOUCH. (Mirando a lo alto.) ¡Ah, Sor Piedad! ¡Vuestro cadáver aún podrá servir al Bien!

(Cosette se ha quedado dormida sobre el poyo. Un rayo de luna la ilumina. Valjean la contempla. Las monjas elevan sus preces. Suena el órgano. La campana dobla tristemente.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

CUADRO XII

Los amantes

Telón corto. Jardín. Puerta de la casa a la izquierda. Puerta de hierro a la derecha. Tapia al fondo. Poyo. Si conviene suprimir la tapia del fondo puede hacerse. En dicho caso, a la derecha un trozo de tapia con una pequeña puerta, abierta en ella. Noche. Luna.

ESCENA PRIMERA

JUAN VALJEAN y COSETTE que salen de la casa

VALJ. Mi amada Cosette, ¡hija mía!, porque yo siempre te consagré en mi corazón un cariño de padre.

COS. Sí; yo siempre os llamaré mi padre. ¿Quién, sino vos, merece ese nombre? Hace diez años me librásteis de aquellos desdichados Thenardier y con riesgo de vuestra vida, huyendo de los hombres ciegos que os perseguían a vos, todo bondad, me procurásteis un seguro asilo, llevándome poco después al lado vuestro, en donde me rodeáis de todas las comodidades; sí, sois mi padre por vuestros sacrificios, por vues-

tros amores. Yo bien lo sé, porque el alma de mi madre me lo repite constantemente desde la gloria. ¡Oh, sí! (Como en éxtasis mira al cielo y se enjuga una lágrima.)

VALJ. ¡Tu madre! ¡Fantina! ¡Pobre martir! ¡Flor sublime que perfumabas la ciénaga! ¡Paloma de amor que volaste a la Luz!

COS. ¡Madre mía!, mi corazón me dice que día llegará en que nos uniremos los que nos amamos, y mi corazón no me engaña.

VALJ. Mira, Cosette, si es bueno Dios, que, en los diez años que han transcurrido desde que nos encontramos, ha hecho de ti, tierno capullo entonces, un espléndido jardín de belleza, de amor, de virtud.

COS. Dios es bueno, y yo os amo porque sois bueno también, y, como sois tan bueno, tan bueno, vais a permitirme que permanezca aqui un ratito, al claro de luna.

VALJ. Como todas las noches, desde hace algún tiempo, mientras yo releo los escritos de monseñor Myriel, un verdadero bueno, el grande, tal vez el único. Quédate, hija mía: tú, a la luz de la luna; yo, a la luz del amor. (Señalando la casa a donde vase.)

COS. (Aparte). ¡Y yo también!

ESCENA II

COSETTE

COS. ¡Y yo también a la luz del amor! ¡Padre mío! ¡Padre amado!, ¿por qué mi labio no acierta a revelarte el secreto de mi corazon? Cien veces quise, en vano, decirte: padre mío, amo y soy amada; él, mi Mario, es bueno también, como tú y más que ningún otro..., ¡pero no pude, no pude! ¿Es que mi corazón presiente que el suyo re-

cibiría una herida por mis palabras? No sé... no sé más que os amo a los dos, a ti, padre mío, y a mi Mario también. (Sentándose en el poyo, de espaldas á la verja.) Esta es su hora... ¡Cómo me lo advierte el corazón!

ESCENA III

COSETTE y MARIO

Mario entra, sin que Cosette lo note, y se arrodilla á sus pies. Cosette no ha vuelto la espalda aun.

MAR. Aquí estoy.

COS. (Volviéndose pausadmente). Ya lo sabía.

MAR. Como siempre, a tus plantas, adorando tu belleza que irradia en tu carita seductora, desde el fondo de tu corazón.

COS. Te escucho, te comprendo, te amo... No sé más.

MAR. Amor es todo aquí abajo y allá arriba. (Señala el firmamento.) Por el amor germina la semilla, por el amor perfuman las flores, por el amor se visten de oro los campos de mies bendita; y brillan las estrellas, y los pajaritos cantan, y el sol nos alumbra. Que amor es Vida y Luz y canciones y felicidad; que amor es Dios y amor es tu alma, Cosette mía.

COS. ¡Te amo... te amo! No sé más... no sé más...

MAR. Todo lo sabes si aprendiste a amar. ¡A Jesús para ser tan inmenso le bastó con saber amar!

COS. ¡Y yo te amo!

MAR. Y ¿por qué no hemos de amarnos todos los nacidos? ¿Por qué el fuerte aplasta al débil? ¿Y por qué ha de haber fuertes y

débiles? ¡Todos somos fuertes por el amor! Pero el mal es un cancer que devora la entraña social y forzoso será extirparlo con el bisturí de la Revolución.—¿Qué me dices, Cosette?

COS. Te digo que te amo.

MAR. Amor sublime, amor idílico el tuyo; ¿pero tú no sabes, Cosette mía, que existe también el trájico amor?

COS. Sólo sé amar: ¿qué amor es ese, amor mío?

MAR. El amor a la Idea, a la Verdad, a la Luz, a la Humanidad tristísima; el amor a *los miserables*, a los que gimen en la miseria y pueblan los presidios y los hospitales y las minas inmundas; el amor a los descamisados; el amor al pueblo, a la Libertad... ¡Viva la Libertad! (Se oye a lo lejos, al pueblo que canta «La Marsellesa». ¿Oyes la voz del pueblo? Es la Revolución que avanza.

COS. (Abrazando a Mario). ¡Qué extraño fulgor despide tu mirada! ¿Qué tienes, Mario? ¿Qué me anuncia el corazón? Si me amas, no te apartarás de mi lado. ¡Me siento con fuerzas para descubrir a mi buen padre la verdad de nuestros amores!

ESCENA IV

Dichos y VALJEAN apareciendo en la puerta de la casa

VALJ. No es preciso, Cosette.

COS. ¡Padre mío! (Se arroja en sus brazos).

MAR. Señor... (Saluda profundamente).

VALJ. (Sereno.) Conozco vuestros amores; los conocía ya. Noche por noche os he venido observando, ¿pero quién osa interrumpir un idilio de amor? (Aparte, muy emocionado.) ¡Corazón, amengua el vigor de tus latidos!

¡Fuerza será que un día se me lleven a mi Cosette! ¡Qué soledad dentro de mí! ¡Calla, calla, corazón! (Se enjuga una lágrima.)

ESCENA V

Dichos y GAVROCHE que aparece en lo alto de la tapia

GAVRO. ¡Buenas noches, y viva la República!

VALJ. ¿Quién eres tú?

GAVRO. (Saltando a escena.) Salto tapias y tejados; soy, pues, un *gurrión*.

MAR. ¿Porqué entraste por la tapia?

GAVRO. ¡Otra que Dios! ¿Soy u no soy *gurrión?* Ya os diré; os vi tan *atortolaos* que no quise distraeros *pa* que me abriéseis la puerta?

MAR. ¿Y qué vienes a buscar aquí, valiente Gavroche?

GAVRO. Vengo a buscar al ciudadano Mario. La República os espera, ¡viva la República! La Libertad os aguarda, ¡viva la Libertad! La Revolución os necesita, ¡viva la Revolución. Este *gurrión* quiere llevaros a las barricadas, ¡vivan las barricadas y el *gurrión!*

COS. (Abrazando a Mario.) ¡No, no te separes de mi lado! ¿Verdad, padre mío, que no debe abandonarme? (Fuera, se oye cantar la «Marsellesa».)

MAR. (A Valjean.) Señor, el pueblo se alza en armas contra la tiranía, la Justicia contra el privilegio. (Fuera suena una descrga de fusilería.) ¡Ah! Los déspotas asesinan al Pueblo y el Pueblo les contesta cantando... ¿Puedo abandonar al Pueblo, señor? Decid, cuál es mi sitio, ¿éste o las barricadas?

COS. (Suplicante.) Padre mío...

VALJ. (Señalando la verja.) ¡Las barricadas!

COS. ¡Voy a morir de dolor!

MAR. Gracias, señor. Permitid que bese vuestra

mano. (Lo hace.) ¡Adios, Cosette de mi alma! El deber y la conciencia me alejan de ti, pero pronto volveré a tus plantas.

COS. ¡Mario! ¡Amado mío! (Fuera «Marsellesa.)

MAR. ¡Adiós, Cosette, adiós!

GAVRO. (Echando la jarra en alto.) ¡Viva la República y la Libertad y la Revolución y la Marselleso! ¡Viva todo, todo... menos los tiranos del Pueblo! ¡¡Abajo lo existente!! (Cantando entusiásticamente.)

Allons, enfants de la Patrie,
Le jour de gloire est arrivé;
Contre nous de la tyrannie
L'étendard sanglant est levé!

(Vase lleno de júbilo. Fuera continúa oyéndose «La Marsellesa» hasta caer el telón.)

VALJ. Hija mía, llora en mis brazos. Yo te volveré a tu amado. ¡Confía en mí!

COS. ¡Padre! ¡Padre! (Se arroja, sollozando, en sus brazos.)

VALJ. (¡Marcharé a las barricadas y le salvaré! ¡El es la vida de mi hija; no morirá!

MUTACIÓN

CUADRO XIII

Las Barricadas

Una plazoleta con encrucijadas. En el fondo una gran barricada, cortada por un lado. Sobre la barricada, entre los adoquines, una bandera roja. Detrás de la barricada una especie de tablado con rampa para subir a él, a la derecha. Un barril de pólvora debajo del tablado. En las encrucijadas, rudimentos de barricadas. Desorden y amontonamientos propios del caso.

ESCENA PRIMERA

MARIO, GAVROCHE y REVOLUCIONARIOS

(Al levantarse el telón, numerosos revolucionarios parapetados tras la barricada del fondo, hacen un nutrido fuego, que es contestado desde dentro. Paulatinamente va menguando el ruido de las descargas.)

MAR. ¡Compañeros! ¡Ciudadanos! Los déspotas quieren embriagarse con la sangre de los pobres. ¡Haced que su sangre y la nuestra corran confundidas! Amantes de la Libertad ¡a defenderla! (Desde dentro hacen nuevas descargas.) ¿Oís? La fiera ruje de nuevo... ¡Plomo a la fiera! (Vuelven a la barricada y hacen fuego. Gavroche sube y se abraza a la bandera, gritando:)

GAVRO. ¡Viva nuestra bandera! ¡Viva la Revolución! (Dirigiéndose dentro, a voz en cuello.) ¡¡Morrales!!

REVOL. ¡Viva Gavroche! (Suenan tiros.) ¡Ah!

MAR. ¡Baja, Gavroche! ¡Van a matarte!

GAVRO. (Alegremente.) No lo harán... si me escuchan a mí. Pero, ¿qué veo?... Tengo sangre...

MAR. ¿Te han herido? (Todos rodean, solícitos, a Gavroche.)

GAVRO. Nada; un rasguño que me ha lastimado las botas de lujo... (Alarga un pie y muestra una bota estropeadísima.) Un poco de pólvora y en paz. (Se la coloca en el pie.) ¿Dónde tendrán la vista esos topos, que me han herido en el pie? ¿No saben que los *gurriones* van por el aire?

MAR. ¡Eres un valiente, Gavroche

GAVRO. (Enfático). ¡Soy un revolucionario! (Toque de retreta). ¡Ya eruptan otra vez! Ya se armó la gresca... ¡Viva la gresca! (Algunos tiros dentro. Mirando por la derecha). Pero allí veo a cuatro ciudadanos que traen un preso. ¡Voy a en-

terarme! (Tose, yérguese y, abriéndose paso entre los suyos vase por la derecha diciendo:) ¡Paso, paso al general *gurrión!*

ESCENA II

Dichos, JAVERT y cuatro REVOLUCIONARIOS más

(Los cuatro revolucionarios conducen a Javert maniatado y disparado).

GAVRO. Ciudadano Mario, aquí os traemos un espía de los enemigos. Es un polizonte que tiene las entrañas más negras que el hollín. Yo, el general *gurrión*, dispongo que sea pasado por las armas dentro de quince minutos.

REVOL. ¡Sí, sí! ¡Muera el espía,

MAR. ¿Lo exigís?

REVOL. ¡Muera!

MAR. Cúmplase, pues! Conducidle allá dentro. Tiene quince minutos para arrepentirse. Podéis defenderos: ¿sois, en efecto, un espia? (A Javert).

JAV. Lo soy, ¡bandidos.

MAR. Llevadle. (Los revolucionarios se lo llevan por la izquierda).

GAVRO. Sino porque sé que a esos bichos no les abre la puerta San Pedro, le encargaría expresiones para el santo de mi nombre! (Tiros dentro).

MAR. ¡El enemigo no ceja! ¡Estad dispuestos!

GAVRO. Al enemigo ese, yo le hago momos, así me emplumen. (Sube de un salto a la barricada y con burla coloca las manos sobre su nariz, abiertos y moviendo rápidamente los dedos).

ESCENA III

MARIO, GAVROCHE, REVOLUCIONRIOS y VALJEAN

(Juan Valjean aparece en el preciso momento en que suena dentro una descarga, y se precipita sobre Gavroche, bajando a escena con él. Una bala atravesó el sombrero de Juan Valjean).

MAR. ¡Desciende, Gavroche! ¡Te matarán!

VALJ. ¡Desdichado! (Entra y ejecuta lo expuesto).

GAVRO. ¡Gracias, *gachó!* (Estrechando la mano a Valjean). Me habéis salvado el pellejo.

REVOL. ¡Viva el ciudadano!

GAVRO. ¡Otra que Dios! ¿No véis que le han agujereado el sombrero? (Muestra el sombrero que Juan Valjean tenía en sus manos y que presenta un agujero). Mirad. Como soy *gurrión*, cuando haya de hacer cría me acordaré de vuestro perol, ciudadano. Ahora que ésta me la pagan... ¡Oh! qué idea. Traed al preso y se lo entregaremos. Agujereadle la cabeza. Ojo por ojo, diente por diente... agujero por agujero.

REVOL. ¡Viva Gavroche! (Algunos revolucionarios desaparecen y en seguida traen a Javerl).

MAR. (A Valjean, bajo). ¿Queréis decirme a qué venís, señor?

VALJ. A evitar que os maten.

MAR. ¡Moriré gloriosamente por la Libertad!

VALJ. ¡Y mi Cosette morirá también.

MAR. ¡Cosette de mi alma! La diréis que muero por la buena causa y bendiciendo su nombre: ¿verdad, señor?

VALJ. Sí. (Aparte). ¡Yo le salvaré!

ESCENA IV

Dichos y JAVERT

GAVRO. Aquí está el preso.

VALJ. (Aparte). ¡Javert!

JAV. (Aparte). ¡Juan Valjean!

GAVRO. (A Valjean): Os dejamos con él. Está bien atado. No se escapará. Dadle el pasaporte pero lejos de aquí: no nos gusta ver caras feas... (A Javert). Adiós, amigo. ¡Ahora puedes ir a espiar a las nubes!

ESCENA V

JUAN VALJEAN y JAVERT

JAV. La fatalidad me pone en tus manos, Juan Valjean. Descarga en mí todo tu odio. Pronto, mátame. (Juan Valjean abre, con toda calma, una navaja.) ¡Una navaja! ¡Es el arma que corresponde a un forzado de presidio! Acaba ya. ¡Véngate!

VAL. (Cortando las ligaduras que sujetan a Javert.) Inspector Javert, libre sois.

JAV. ¿Qué dices?

VAL. Que sois libre, que podéis marcharos. Esta es mi venganza.

JAV. ¡Ah, ya comprendo! Quieres asesinarme por la espalda, mientras pienso huir. ¡Miserable! Bien, hiere. (Vase por la derecha, con paso mesurado. Tras una pausa se vuelve, asombrado.) Qué, ¿no te atreves?

VAL. Libre sois. Marchad.

JAV. Soy tu enemigo implacable; continuaré siéndolo. No creas con eso ganarme; no creas librarte de mí.

VAL. (Sereno.) ¡Allá vos!

JAV. Te detendré allí donde te encuentre. ¡Morirás cargado de cadenas en el fondo de un presidio!

VAL. (Sereno.) Eso no me incumbe a mí. ¡Allá vos!

JAV. (Resuelto.) ¡Mátame!

VAL. ¡No quiero, no debo, no puedo!

JAV. Puedes y debes. Tus *amigos* te lo han mandado.

VAL. Hay otro amigo que no me lo consiente.

JAV. ¿Y quién es?

VAL. (Solemne.) ¡Dios! No me comprometáis permaneciendo aquí. Os lo suplico, huid.

JAV. ¡Bien! (Da unos pasos para salir y deteniéndose:) ¡Te perseguiré sin tregua, Juan Valjean!...

VAL. (Con profundo pesar.) ¡Allá vos, Javert, allá vos! (Vase izquierda.)

ESCENA VI

JAVERT

JAV. ¿Qué pasa por mí? ¡Todo se derrumba aquí dentro! (Golpeándose el pecho.) ¿Es posible que sea bueno un hombre condenado por la Ley, un forzado de presidio?... ¡Me aturdo! Conciencia, ¿qué me gritas?... ¿que medito?... Pues sí medito ¿qué va a ser de mí?... ¡No, no. Calla, calla, enmudece, conciencia! ¡No te puedo escuchar!... ¡A qué existencia me condenas desde este este punto! Imposible. ¡Imposible vivir ya! Las aguas del Sena apagarán la llama que devora mi cerebro. (Vase, como loco, por la derecha.)

ESCENA VII

JUAN VALJEAN, MARIO, GAVROCHE, REVOLUCIONARIOS

(Oyense nutridas descargas de fusilería y cañón. Toque de rebato. Gran movimiento. Los revolucionarios en la barricada del fondo y en las encrucijadas, hacen fuego.)

MAR. Una nube de soldados se dirige a nosotros. El cañón retumba. ¡Valor! ¡A la lucha por la libertad!
(Fuera se oye, mezclado con el ruido de las descargas, pero amortiguado por la distancia, el canto de «La Marsellesa.»)

GAVRO. ¡Ciudadanos! ¿Veis ese tablado con la rampa? (Señalándolo.)

TODOS Sí.

GAVRO. Pues es un escenario para dar una representación al aire libre. La rampa está dispuesta para que puedan subir mejor los *cómicos*.

MAR. Explícate claramente.

GAVRO. Debajo del tablado hay un barril panzudo repleto de pólvora... Cuando los enemigos llenen el tablado, pegaré fuego al barril y... ¡a cenar con San Pedro!

TODOS ¡Viva Gavroche! (Con entusiasmo. Más nutridas descarga. Todos acuden a la barricada y hacen fuego. Hieren a Mario.)

MAR. ¡Me han herido! (Apartándose de la multitud.)

VAL. (Acudiendo.) Una ligera herida... Pero se ha desvanecido... (Mario se desvanece en brazos de Valjean.) Huiré con él por la única salida que existe... ¡Por las cloacas de París!... (Vase con Mario.)

GAVRO. (Con loco entusiasmo.) ¡Compañeros! No tenemos municiones, pero aun nos queda voz. ¡Cantemos! ¡Cantemos!

TODOS (Cantando, y también dentro «La Marsellesa.»)

Allons, enfants de la Patrie,
Le jour de gloire est arrivé;
Contre nous de la tyrannie
L'étendard sanglant est levé!

(Una estrepitosa descarga. Las tropas coronan la barricada y aparecen en las encrucijadas. Llenan el tablado los soldados y apuntando a los revolucionarios, gritan:)

SOLDADOS ¡Alto!.

GAVRO. ¡Y tan alto! ¡Mirad!... (Con una mecha encendida prende fuego al barril y todo vuela por el aire. Gran detonación. La escena sembrada de cadáveres y heridos.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



EPILOGO

CUADRO XIV Y ÚLTIMO

Las almas se juntan

Una habitación sencilla y escasamente amueblada, de poco fondo. Ventanal foro. Chimenea encendida, primera derecha y sobre ella los candelabros del prólogo. Puerta en segundo término. Dos más o una central a la izquierda. Primera izquierda una mesa escritorio e inmediata a ella una silla de brazos. Un libro abierto sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA

JUAN VALJEAN

Entra por la izquierda, apoyado en un bastón y, cerrando la puerta; a lo pronto habla como con alguien de dentro.

VALJ. ¡No! ¡Os repito que no! Dedicáos a vuestros menesteres, como todos los días... ¡Dejadme!... ¡Que no profanen mi soledad! (Penosamente se dirige a la silla de brazos y se sienta.) ¡Pobre doctor, no penetra la causa de mi sufrimiento... ¿Cómo es posible que descienda a mi interior moral? ¡La muerte quiere llevarme consigo! ¡No me asustas!

¡Partiré!... ¡Todo se derrumba y yo marcho al abismo! ¿Al abismo o a la cumbre? ¡No sé!... ¡Siento el pasmo del misterio supremo! ¡Myriel!... ¡Fantina!... ¿Voy a veros?... ¡Ahora creo que sí!... Alma de mi alma... Cosette, hija mía... ¡tu padre va a morir!... ¡A terminar de morir!... ¡Porque estoy muriendo desde que te perdí, Cosette amada! Mario conoce por mí la historia completa de mi vida... ¡Estáis casados, sed dichosos! ¡Perdonadme!... Yo no podía consentir que formáseis vuestro nido en el albergue de un antiguo presidiario. ¡Temí que os alcanzara una siniestra maldición! ¡No, no! Debí llegar al sacrificio heroico, y llegué. ¡Ya están lejos de mí! ¡Ya están salvos, mis hijos!... Pero el corazón más infortunado, necesita, cuando menos, las migajas del banquete de amor, y yo de amor estoy sediento, ¡Dios mío! ¡Apaga mi sed! ¡Mándame a mi hija!... ¡Verla y morir!... ¡Señor, Señor, apiádate de un condenado! (Sollozando y alzando las manos en súplica al cielo, con esfuerzo cae de rodillas. En este momento se oye dentro, a la derecha, la voz de Cosette.)

COS. (Su voz dentro.) ¡Padre! ¡Padre mío!

VALJ. (Levantándose con un esfuerzo definitivo.) ¡Ella! ¡Mi hija!... ¡Mi Cosette!... ¡Gracias, Señor!... ¡Tú eres la Misericordia!

ESCENA FINAL

Entran desolados COSETTE y MARIO, por la izquierda y ella se arroja en brazos de Juan Valjean, quien la oprime contra su pecho. Mario besa una mano de Valjean y permanece descubierto, con la cabeza inclinada.

COS. ¡Padre! ¡Padre! Vos, tan bueno, habéis sido malo esta vez... ¿Por qué engañarnos,

padre? Nos dijísteis que íbais a partir para un largo viaje y no ha sido verdad!

VALJ. (Con voz velada.) ¡Partiré! ¡Partiré!...

COS. Todos los días, no a esta hora que declina el sol, más tarde, acudimos mi buen Mario y yo a esta casa y siempre nos decían que estábais fuera, que no habíais regresado. Hoy, no sé por qué, al mismo tiempo mi Mario y yo, aun cuando no era la hora de costumbre, nos hemos dicho: ¿vamos a casa de nuestro buen padre?

VALJ. (Con voz apagada.) ¡Dios!... ¡Dios...

COS. Y hoy, por fin, vuestra ama nos ha confesado toda la verdad, porque estábais muy malito, muy malito... pero ahora no me apartaré un instante de vuestro lado y os medicaré con mis caricias, ¡y viviréis, padre querido!

VALJ. (Plácidamente.) Sí... sí... viviré... allá... en... una... patria mejor... sin presidios... sin estigmas... sin hambrientos... sin *miserables!...*

COS. ¡Padre, no habléis así!...

MAR. (Acercándose y besándole, de nuevo, la mano.) ¡Padre, yo os amo también!

VALJ. ¡Y yo... te amo... por mí... y por ella!... ¡No hay tiempo... que perder!... ¡Escuchad!... Mario... te lego este... libro... (Lo coge de sobre la mesa y lo entrega a Mario que lo toma devotamente.) Es de mi salvador... Monseñor Myriel... ¡En él... aprenderás a vivir... y a morir!... Cosette... te lego esos candelabros... Ya conoces... su inmenso valor... De los muchos bienes... que os lego... ¡Todo lo... dispuse... ya!... esos son... los más... preciados... ¡Adiós... hijos míos!... (Se incorpora penosamente y como extasiado, mirando a lo alto.) ¡Señor, piedad!... Dejo... vuestras almas... unidas... hijos... míos... ¡Yo voy... a... unirme... a... mis... almas... también!... ¡Myriel!... ¡Fantina!... ¡Pronto!... ¡Pron...to!... ¡¡Es...pe...rad!!... (Muere en

brazos de Cosette y Mario que sollozan abrazados al cadáver, con exclamaciones de «¡Padre! ¡Padre!»)

TELÓN

APOTEOSIS

Una vez descendido el telón, y con la mayor rapidez posible, aquel vuelve a levantarse y aparece una plaza con la escena a todo foro y en el centro la estatua, en busto de Víctor Hugo, rodeada de todos los personajes de la obra, artísticamente colocados. La Gloria. Dos matronas, representando España y Francia. En punto visible los candeleros. Cosette con la muñeca. JUAN VALJEAN deposita una corona de flores en la estatua del poeta y recita los versos que van a continuación.

VALJ. Tú, que anidas en tu frente
del Genio la inmensidad,
y que de luz un torrente
legaste a la Humanidad:
mil flores de mil colores
permite que orlen tu sien,
por ser las flores, amores
de los jardines del Bien,
que al Pueblo cultivar plugo
para tu noble Ideal.
¡Gloria eterna a Víctor Hugo!
¡Honor a su obra inmortal!

(«Marsellesa» dentro. Luz Drumont. Los personajes echan flores y laureles sobre la estatua del poeta. Cuadro.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

NOTAS

—Por derecha e izquierda, entiéndanse las del actor.

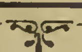
—Los cuadros X y XI, pueden representarse en uno solo, con la escena partida: a la derecha, calles y convento a la izquierda, conservando solamente el título: *El Puerto de Salvación.*

—En el cuadro de las barricadas puede verse la entrada o boca de la cloaca y en dicho caso Valjean desciende por ella con Mario.

—Puede suprimirse la fuente en el cuadro VIII y salir Cosette con el cubo lleno.

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21. - BARCELONA



OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlok Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El Nido Ajeno
El Rey
Prisionero de Estado o La Corte de Luis XIV
Los Miserables

Seguirá la obra:

Los dioses de la mentira

Obra moderna en tres
actos y en prosa original
de

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE



Precio: DOS pesetas